SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

LA MUERTE CIVIL

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

DON CALIXTO BOLDUN Y CONDE

Imitación del que en cinco actos escribió en italiano
con igual título

PAOLO GIACOMETTI

CUARTA EDICIÓN

VALENCIA
Establecimiento Tipográfico de Francisco Vives Mora
6, Hernán Cortés, 6
1910

LA MUERTE CIVIL

n.º 2

LA MUERTE CIVIL

DRAMA EN TRES ACTOS

POR

DON CALIXTO BOLDUN Y CONDE

Imitación del que en cinco actos escribió en italiano
con igual título

PAOLO GIACOMETTI

Representado por primera vez en el TEATRO LOPE DE RUEDA, de Madrid,
el día 8 de Noviembre de 1870

Calixto Boldún y Conde

CUARTA EDICIÓN

VALENCIA
Establecimiento Tipográfico de Francisco Vives Mora
6, Hernán Cortés, 6
1910

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ELISA MOLVINI, 23 años.	Srta. Gertrudis de Castro.
CONSUELO, 9 idem. . . .	Emilia Mendoza. *
LAURENCIO, 30 idem.. .	Don Antonio Vico.
EL DOCTOR PALMIERI, 36 idem.	Eduardo Cortés.
EL ABAD SENTARELLI, 70 idem..	Julio Parreño.
FERNANDO, su sobrino, 25..	Juan Reig.
GAETANO, 60 idem.. . .	Ramón Medel.
UN CRIADO.	N. Puga.

La escena se supone en Castrogiovanni, villa de los Apeninos. El primer acto en la abadía de la Madona. El segundo y tercero en casa del Doctor. Epoca 182...

(*) Cuando no sea posible hallar una niña de nueve años en condición de representar el personaje de Consuelo, podrá el director de escena encomendarlo á otra que no exceda de catorce, en cuyo caso acomodarán también á esta edad todas las citas que á ella hacen referencia en el drama.



ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado modestamente. Puerta en el fondo, y una practicable á cada lado. A la derecha del actor, mesa-bufete y librería; á la izquierda, chimenea: sobre otra mesa, la hornacina y escultura de la Madona, alumbrada por una lamparilla. Cuadros de asuntos religiosos: un reloj, sillones de baqueta, etc., completarán el decorado de esta habitación, cuyo conjunto manifiesta comodidad y aseo. Al levantarse el telón, el Abad (que estará leyendo en el breviario), suspende su lectura para abrir un pliego que le entregará Gaetano.

ESCENA PRIMERA

EL ABAD y GAETANO

ABAD — ¿Copia y original? (Después de leer el pliego.) Perfectamente: ¿el recadero que ha traído esta carta?... (Escribiendo.)

GAET. — Aguardando queda en nuestra hospedería.

ABAD — No le dejes marchar hasta mañana. Avisar puedes á mi sobrino que ya le aguardo. (Se levanta y se sienta junto á la chimenea.)

GAET. — Perdonad, monseñor: Don Fernando no ha vuelto aún de su acostumbrado paseo.

ABAD — ¿Cómo? ¿También esta tarde? ¡Qué locura del mozo!

GAET. — Harto insistí en disuadirle; pero díjome, tomando la escopeta: «día de nieve lo es de fortuna para el cazador»...

ABAD — ¡Calla!... creo oir su voz...

GAET. — Con efecto; está hablando con Jácome,

nuestro compañero. Le da como todos los días, para que la lleve á su anciano padre, la caza que ha traído.

ABAD ¡Oh! ¡es muy bueno y caritativo mi Fernando! ¡mucho!...

GAET. Voy á traer luz, el tablero de ajedrez y á servir ya vuestro té. (Se marcha puerta del foro.)

ESCENA II

ABAD, FERNANDO, á poco GAETANO

FERN. Sin olvidar el resolí del prior Malvessi. (Despojándose de los arreos de caza, y dejando su escopeta junto á la chimenea.) Frescas y buenas tardes, mi querido tío. (Restregándose las manos.) ¿Qué tal os la ha dado vuestra pícara gota?

ABAD ¡Pchst!... Un poco... He podido, sin embargo, escribir. ¿Pero es posible, hijo mío? ¿Salir al campo con tan mal tiempo?

FERN. ¡Bah! ¿Qué queréis?... No está prohibido tener veinticinco años, y á esa edad no es cosa de andar consultando el barómetro antes de salir á dar un paseo al aire libre.

ABAD Con todo; la salud es el don más precioso que Dios concede al hombre, y deber nuestro es conservarle como todos los que de El proceden. (Sale Gaetano con una lámpara encendida, el tablero de ajedrez, y se vuelve á marchar.)

FERN. Cierto que sí, pero todo está compensado en el mundo: y por eso esta tarde vuelvo más satisfecho que otras de mi excursión. (Preparémosle.)

ABAD ¿Qué quieres decir?

FERN. Aunque sólo á Dios es dado sumar los días de nuestra existencia, el sabio doctor Palmieri acaba de asegurarme que la vuestra no peligra en muchos años. (Sale Gaetano con servicio de té para dos, sobre una mesita que colocará junto á la chimenea.)

ABAD ¿El doctor? ¿Cuándo, pues, le has hablado? Yo te lo había prohibido.

FERN. Sin embargo, un caso imprevisto, un deber de urbanidad... ello es que ahora mismo vengo de hablarle, y en su misma casa. (Sirve el té.)

ABAD ¡Cómo! ¿Hasta eso te has permitido?

FERN. Por la primera vez, desde mi estancia en Castrogiovanne, os lo aseguro.

ABAD Gran pesadumbre me das con ello, y aguardo oir razones que justifiquen tu desobediencia.

FERN. Cuando estemos solos. (En voz baja, viendo salir á Gaetano y al criado con el té.)

ABAD ¿Gaetano?

GAET. ¿Monseñor?

ABAD Cierra esa mampara y no vuelvas aquí hasta que yo te llame.

GAET. ¿Si viene el Doctor?

ABAD Suplícale que aguarde y entrarás á anunciarle.

GAET. Está bien, monseñor. (Se marchan.)

ESCENA III

EL ABAD y FERNANDO

ABAD Puedes hablar.

FERN. Esta tarde al volver de mi excursión al bosque, distinguí á lo lejos la confusa silueta de una mujer y una niña arrodilladas delante del pilar de la Madona que divide el crucero de *Los tres caminos*. Fuíme acercando á él instintivamente hasta que pude oir la dulce voz de la niña y el dolorido acento de la afligida mujer: súbito entonces acudió á mi memoria el recuerdo de un terrible drama, y á mis labios el nombre de su infelice víctima: ¡Elisa Molvini! ¡exclamé! y en efecto, era ella la que estaba implorando á la Virgen la salud de su esposo.

ABAD ¡Dios mío!... ¿Es casada?... ¡Mayor era el daño de lo que presumí!

FERN. Asustada la niña de mi brusca aparición, se alejó de nosotros algunos pasos; Elisa,

por el contrario, con faz serena y melancólica sonrisa, se levantó á ofrecerme su mano, como si fuese yo un amigo de quien sólo pocos instantes se hubiera separado: «Gracias, me dijo: sin duda que el cielo ha oído mis súplicas, pues me envía en vos un generoso protector...» Y esto diciéndome, apoyó suave y cariñosamente su brazo sobre el mío, é hizo señal á la niña para que se uniese á nosotros. Esta, ya más tranquila, se agarró de mi mano, y así juntos los tres, tomamos un sendero que pronto nos condujo hasta casa del Doctor...

ABAD ¡Dios nos ampare!...

FERN. El Doctor me agradeció cortesmente haberlas acompañado, y yo excuso deciros ahora cuál ha sido mi asombro al reconocer en la ilustre é interesante Elisa Molvini, la despreciable meretriz de quien me habéis hablado.

ABAD ¡Extraña coincidencia! Veamos dónde y cuándo la conociste.

FERN. En Catania; mi profesión de abogado me facilitó la amistad del padre de Elisa, antiguo y respetable magistrado de aquella audiencia. Elisa entonces contaría unos diez y seis ó diez y ocho años. Hacía sólo dos años de la muerte de su madre, y al salir del colegio para entrar en el mundo, se vió sin más guía ni apoyo que el de su anciano padre, y sin otro pariente que un hermano capitán de marina, que en razón y empleo, estaba siempre viajando por remotos climas. Con esta ocasión, el joven Laurencio Broschi, pintor de gran mérito y porvenir, vió á Elisa y quedó locamente enamorado de ella. Elisa á su vez, también sintió hacia Laurencio tan vehemente pasión, que, pobre niña, sin experiencia, hostigada por su frenético y audaz amante, cedió al fin á sus ruegos, y contrajo un matrimonio de inclinación que en pocos días llevó al sepulcro á su padre...

ABAD ¡Ah!... ¿Y ese desgraciado acontecimiento?...

FERN. Tuvo lugar precisamente cuando mi buena madre me llamó aquí para tener el consuelo de expirar en mis brazos. Después, cuando regresé á Catania, ya Laurencio y Elisa habían abandonado aquella capital, y hasta el encuentro de esta tarde nada había vuelto á saber de Elisa ni de mi amigo.

ABAD ¿No te ha confiado los motivos que la obligan á vivir separada de él?

FERN. Unicamente ha dicho entre sollozos, que ha sufrido mucho... que es pobre y desvalida, pero que nunca ha sido culpable. Que así os lo dijese, y que por amor de Dios, no insistáis en vuestras sugestiones cerca del Doctor, si no queréis privarla del único amparo que le queda en la tierra.

ABAD ¿El único?... ¿Y por qué ha de serlo la casa de un hombre tan peligroso como Palmieri?... Si la culpa ó la desgracia la ha reducido á la triste condición de vivir de un salario... ¿no hay en el mundo familias virtuosas donde pueda ganarlo sin mengua de su honradez? Además, ya es necesario que lo sepas todo... (Bajando la voz.) Esa niña á la cual pretexta servir de aya, puede muy bien ser...—Dios me perdone esta sospecha—fruto del vicio y del adulterio.

FERN. ¡Cómo! ¿Qué queréis decir? ¿Esa niña que yo acabo de ver?...

ABAD Según datos que ha poco he recibido, esa niña... Pero silencio. (Viendo entrar á Gaetano.) Después te diré... ¿Qué ocurre? ¿Ha venido el Doctor?...

ESCENA IV

DICHOS y GAETANO, luego el DOCTOR

GAET. Sí, monseñor; aguarda vuestro permiso para entrar.

ABAD Condúcele aquí. (Gaetano retira la mesita del té que antes puso junto á la chimenea y se marcha por el

foro. Fernando va á marchar: el Abad le detiene.) Puedes quedarte y así podrás apreciar mejor las razones en que fundo mi recelo.

FERN. No; el Doctor puede hacer revelaciones que sólo á vos, en vuestra condición de sacerdote, os sea lícito escuchar.

ABAD ¡Ah!... ¡Pluguiese al cielo!... Pero no lo fío de hombre como el Doctor.

FERN. ¿Quién sabe?... (Le besa la mano y se marcha.)

ESCENA V

El ABAD y el DOCTOR. Este entrega un abrigo en la antesala á un lacayo que le acompaña. El diálogo de esta escena se dirá animado y breve.

DOCT. ¿Monseñor?... Perdone el enfermo, si el médico le ha hecho esperar.

ABAD Soy yo, por el contrario, quien necesita disculpa por haber privado á vuestros enfermos—siquier sea por pocos instantes—de los auxilios de vuestra ciencia. (Ofreciéndole un sillón junto á la chimenea: el Doctor toma otro y se sienta cerca del Abad.)

DOCT. ¡Oh, no!

ABAD Sí; y tanto más culpable es mi egoismo, cuanto que por hoy—gracias al cielo—no tengo el triste derecho de reclamarlos para mi alivio.

DOCT. Pláceme así: prefiero que sólo el amigo os sea necesario. Decidle ahora en qué puede serviros. (Sentándose.)

ABAD Comprendo el valor en que estimáis vuestro tiempo, y seré breve: fuera de exordios pasaré á hablaros de cierta joven, cuya equívoca posición en vuestra casa se presta á más de un comentario, que en nada favorece su buena opinión.

DOCT. ¡Ah!... ¡ya!... ¿Os referís sin duda á Elisa Molvini?

ABAD Sí, amigo mío. La creciente murmuración de todos los vecinos de Castrogiovanne me autoriza para declararos que es ya preciso,

indispensable, que esa mujer se aleje hoy mismo, no sólo de vuestra casa, sino también de la jurisdicción de nuestra abadía.

DOCT. Elisa Molvini es una mujer virtuosa; vive en la casa de un hombre honrado; es además aya de mi hija, y cualquiera de estas circunstancias debiera hacérosla respetar y desistir del ridículo empeño que en contra de ella habéis formado.

ABAD Dispensadme, Doctor; dificulto que la mujer de quien tratamos pueda ser—literalmente hablando—aya de *vuestra hija;* tengo motivos para creer que la única que hubísteis de vuestra esposa, la niña que yo mismo tuve el placer de bautizar en esta abadía, falleció en Catania, cuando vos—ya viudo—trasladásteis vuestro domicilio á aquella ciudad. Ved, si queréis, este documento que el digno Abad de los Benedictinos se ha apresurado á remitirme á instancia mía. (Mostrándole un pliego.)

DOCT. ¿Y qué es en fin?

ABAD La partida de defunción de la niña Consuelo. (Se la da y el Doctor la examina friamente.) Vuestra esposa murió al dar á luz su hija: vos no habéis contraído segundo matrimonio, por consiguiente la niña que vive con vos, resulta cuando menos, que si es tal hija vuestra, lo es ilegítima... Las demás deducciones, que de esta premisa pueden sacarse, son tan claras y transparentes que no hay para qué nos sonrojemos en formularlas.

DOCT. No considero lógica, ni siquiera apreciable, vuestra solución, porque el tener yo una hija, siquiera fuese ilegítima, ¿probaría en ningún caso que Elisa Molvini era su madre?

ABAD Podíamos suponerlo con probabilidad de acierto. (Se oye el toque de ánimas y se levanta el Doctor.)

DOCT. En resumen, monseñor, terminemos tan inútil y enojosa entrevista. (Despidiéndose.)

ABAD Un momento... os lo suplico. Ya que no po-

déis penetrar en mi deseo... que no os es dado conocer el móvil de mis rectas intenciones, dejadme al menos justificarlas.

DOCT. Difícil es vuestro empeño. (Sentándose.) Hablad, sin embargo.

ABAD En mi fervoroso celo por las buenas costumbres, por el santo ejercicio de la virtud, llegué á creer que mis amonestaciones, mis consejos, mis súplicas—perdonad tan presuntuosa creencia á la fe de un sacerdote—acabarían, en fin, por convenceros de que sólo un público matrimonio con Elisa, podía granjearos el aprecio y consideración que hoy os falta, entre los escandalizados vecinos de Castrogiovanne.

DOCT. Esa mujer pertenece á su esposo.

ABAD Lo he ignorado hasta que hace pocos instantes me lo reveló mi sobrino. La eventualidad de un divorcio, tampoco la Iglesia puede admitirla. *Quoquos Deus conjunxit, homo non separet.*

DOCT. ¡Fatal intransigencia de vuestro concilio de Trento!... ¿Es decir, que según tan absurda doctrina, la mujer en ningún caso puede separarse del marido?

ABAD En ninguno absolutamente.

DOCT. ¿Aun cuando—como á Elisa acontece—le sea preciso para vivir junto á él encerrarse para siempre en el inmundo calabozo de un infame presidio?

ABAD ¿Qué decís?... ¿Acaso el marido de esa infeliz?...

DOCT. Fué sentenciado en Nápoles á cadena perpétua, y ha más de ocho años se halla en su cárcel enterrado en vida.

ABAD ¡Ah... qué escucho, Dios mío! ¿Y en tanto ese desdichado expía su delito, su liviana mujer, tal vez sus hijos, le olvidan y escarnecen? ¡Oh, qué inaudita maldad!... ¡por compasión, por lo que más améis, dejad á esa desventurada criatura en libertad de asistir y consolar á su triste compañero!

DOCT. Considerad que, por más inocente que ella esté del crimen de su marido, el cieno en

que se arrastra la cadena del presidiario, ha manchado ya la pureza de esa mártir esposa; con tal estigma en su frente, ¿no pediría en vano pan y trabajo á una sociedad hipócrita que la rechaza de su seno?

ABAD ¡Ah! sí, y bien pronto la seducción y el vicio sacarían ópimos frutos de su miseria.

DOCT. Entonces, ¿cómo queréis que yo la abandone?

ABAD Tenéis razón: después de oiros, no insisto más en apartaros de vuestro buen propósito: al contrario, pídoos ahora que me asociéis á él si me juzgáis digno de marchar junto á vos por la senda de la caridad.

DOCT. ¡Oh! sí por cierto. Acepto vuestra leal compañía.

ABAD Gran gozo tendré, Sr. Palmieri, en hacer con vos un viaje que al cielo conduce.

DOCT. Viajero soy en el mundo que camino al azar, sin cuidarme gran cosa de á dónde he de hacer noche. Adiós, monseñor; el compañero os estrecha la mano; el médico os desea tranquilo sueño.

ABAD ¡Estimo ambos favores! ¿Volveremos á vernos pronto? (Acompañándole hasta la puerta.)

DOCT. Siempre y cuando queráis llamarme á vuestra confianza.

ABAD ¿Tendréis inconveniente en presentarme á la joven Elisa? (Movimiento de extrañeza en el Doctor.) Quisiera darle en presencia vuestra algunos consejos que su crítica situación reclama.

DOCT. Cuando gustéis. Estoy cierto de que ha de oiros con suma complacencia.

ABAD Adiós, pues. (Ofreciéndole la mano que el Doctor estrecha. Gaetano aparece en la antesala, deja salir al Doctor y entra azorado.)

ESCENA VI

EI ABAD y GAETANO, con un manojo de llaves grandes

GAET. ¿Monseñor?

ABAD ¿Qué?

GAET. Al hacer como todas las tardes mi requisa en la iglesia, he observado un hombre como recatándose detrás de un confesionario. Me llegué á él para advertirle que ya era hora de cerrar las puertas y esto pareció contrariarle.

ABAD ¿Será algún bandido de los muchos que merodean por estos contornos y que acaso viene á ampararse en la inmunidad de nuestra abadía?

GAET. ¡Eso me figuré, pero no debe ser así, porque me ha suplicado que nada os dijese!... pidióme únicamente pasar la noche sobre un banco de la capilla... cosa que le he negado, como podéis imaginar.

ABAD ¡Extraña petición!

GAET. Le he ofrecido, sí, albergarle en nuestra hospedería; pero á esto ha manifestado mucha repugnancia.

ABAD Es singular. ¿Y está aún ahí?

GAET. Sí, monseñor.

ABAD Hazle entrar, que yo le interrogue.

GAET. Entrad, entrad, buen hombre. Monseñor quiere hablaros.

ESCENA VII

DICHOS, LAURENCIO, pobremente vestido y calzado, con un capote pardo de marinero, barba y cabellos crecidos, frente despejada.

LAUR. (Habla desde la puerta.) ¿Para qué? ¿No habéis dicho que me llevabais á descansar?... Yo no necesito más que un pedazo de pan... agua con que apagar mi sed... y un rincón donde abrigarme.

ABAD Entrad aquí, hijo mío. (Adelantándose á la puerta del foro y trayéndole compasivo.) Al calor de esta lumbre podéis secar vuestra ropa, en tanto se os dispone algo que comáis, y un buen lecho. Gaetano, vé á prepararlo todo y avisa á Jácome que te ayude á ello. (Gaetano acerca á Laurencio una silla junto á la chimenea.)

LAUR. Gracias, monseñor. (Besándole la mano con veneración.) Y también á vos, mi buen amigo. (A Gaetano que se marcha.)

ESCENA VIII

EL ABAD y LAURENCIO

ABAD Fácil se adivina, por vuestro cansancio, que venís de hacer largo y penoso viaje.

LAUR. En efecto, es así. Hoy he caminado todo el día sobre la nieve. Me propuse llegar á Castrogiovanne, pero la noche me ha sorprendido en la cima de esa montaña. Al descender de ella y pasar por delante de esta abadía, la falta de alimento y el frío me impidieron continuar mi ruta. No sin esfuerzo pude cobijarme en el atrio para pasar la noche á cubierto del temporal. Pero, hambriento, cansado y aterido, bien pronto mis miembros experimentaron la insensibilidad del mármol, y el sopor de la muerte fué poco á poco apoderándose de todo mi sér. Ya se cerraban mis ojos, quizá por la última vez, cuando la campana del cementerio dió el toque de ánimas. Su lúgubre tañido extremeció dulcemente mi corazón, porque á vuelta de un triste recuerdo trájome también á la memoria el de mi infancia... y... me acordé de mi buena y cariñosa madre, monseñor, de sus santas amonestaciones, y sentí necesidad de entrar en un templo. ¡Ay!... ¡Hacía ya tantos años que no rezaba en ninguno!.. Esto me hizo arrastrarme hasta dentro de

la iglesia, y por eso sólo, monseñor, me ha visto ese hombre que acaba de marcharse.

ABAD ¿Tantos años habéis dejado correr en olvido de nuestras santas prácticas?

LAUR. ¡Ah! ¡sí!... ¡muchos... muchos!...

ABAD Vuestra sinceridad me tranquiliza respecto á la enmienda. Espero, hijo mío, que de hoy más os ocuparéis del alimento del alma...

LAUR. ¿De mi alma, monseñor?... ¡Ay!... ¡Harto me ocupo de ella, á pesar mío!

ABAD Si se halla enferma, mis consejos sabrán curárosla: si sólo adormecida, despertará á mi voz...

LAUR. ¡Ah!.. ¿Dormida? ¡Pluguiese al cielo que tanto no me atormentase!..

ABAD Si es con el remordimiento, cercana está su curación.

LAUR. ¡Remordimiento! (Alarmado y levantándose como para huir.) ¿De qué lo infiere, Monseñor? ¿Me cree acaso un criminal?

ABAD No os conozco: en todo caso nada temáis. Mi misión es de paz... Sois además mi huésped:.. y por último, sabed que esta nuestra abádía goza el sagrado privilegio de inmunidad.

LAUR. No lo ignoraba, monseñor. (Sentándose.)

ABAD Vuestro porte y lenguaje fácil, revelan que pertenece á clase superior de lo que aparenta vuestro vestido. ¿Es un disfraz, ó sólo la pobreza os obliga á llevarle?

LAUR. ¡La fatalidad! Mi padre fué un rico armador, dióme estudios para ingeniero naval, pero yo preferí ser pintor, y casi un niño me escapé á Roma: en ella viví cinco años, y al volver á mi país me hallé con que un naufragio había acabado con la fortuna y vida de mis pobres padres. (Se enjuga una lágrima.)

ABAD ¿De modo que ahora ya no tenéis familia?

LAUR. ¡Ah! ¡sí la tengo!.. Sí...

ABAD ¿Vive lejos de aquí?..

LAUR. ¡No!.. ¡Sí!.. ¡No lo sé! (Turbado.)

ABAD ¡Extraña duda!.. ¿Pero?..

LAUR. ¡Basta, monseñor!... No conservo ya más que una esperanza. ¿Queréis arrebatármela?

ABAD ¿Yo?... ¿Pues por qué traté de inquirir?...

LAUR. (Con enojo.) ¡Callaos, por piedad! Vuestras preguntas semejan el interrogatorio de un juez... ¡Me causáis miedo!... ¿Qué os importa quien yo sea?... Al pediros hospitalidad no os dí el drecho de interrogarme. ¿No habéis dicho que yo era vuestro huésped? Pues respetadme como tal.

ABAD Mal interpretáis la compasión que me inspira vuestro infeliz estado: en gracia de ella ¿queréis contestar aún á mi última pregunta?

LAUR. Nada prometo hasta después de oirla.

ABAD ¿A dónde pensáis dirigiros al abandonar este asilo?

LAUR. A Catania: es mi país. Alumno fuí del Instituto de San Genaro, y aún vivirá alguno de mis compañeros.

ABAD ¿Qué decís?... Estudiasteis en San Genaro?

LAUR. Con el abate Fioribelo.

ABAD Precisamente. ¡Qué feliz casualidad! ¿Recordáis entre vuestros condiscípulos á Fernando Cotterelli?... ¿hoy célebre abogado de aquella capital?

LAUR. ¿Cotterelli? Mucho; fué mi mejor amigo.

ABAD ¡Loado sea Dios, que ha combinado por vuestro bien tan favorable encuentro!... Fernando es mi sobrino, y se halla aquí actualmente.

LAUR. ¡Cotterelli!... ¿Está aquí?... (Reprimiéndose después del primer instante de alegría.)

ABAD Vais á verle ahora mismo. (Se dirige á tocar el cordón de la campanilla. Laurencio se lo impide.)

LAUR. Perdonad, no le llaméis. (Secamente.)

ABAD Me admiráis. ¿Y por qué?

LAUR. Dame vergüenza presentarme en tal estado. La miseria del artista también tiene su orgullo.

ABAD Pero si mi Fernando no verá en vos más que al amigo. (Va á llamar y Laurencio se lo estorba.)

LAUR. Pero qué obstinado... ¿Qué imprudente empeño es el vuestro?

ABAD ¿Imprudente?... ¿Qué queréis decir?

LAUR. Que tenéis muy poca caridad!... Me veis rendido de cansancio... ¡Os he dicho que tengo hambre... que la fiebre me devora! Y en vez de otorgarme un rincón en vuestra casa, un pedazo de pan, empezáis por imponerme una humillación.

ABAD ¿Yo?

LAUR. ¡Vive el cielo que vuestra egoista vanidad no ha de gozarse en ello!... (Marchándose Laurencio.)

ABAD ¡Deteneos, por Dios! No he de consentir que así os marchéis. (Deteniéndole.)

LAUR. Saldré, sin embargo, á pesar vuestro.

ABAD No, quedaos: yo os lo mando. (Colocándose delante de la puerta.)

LAUR. ¡Franqueadme esa puerta, ó vive Dios!... (Con arrebato de cólera y echando mano á la escopeta que dejó Fernando junto á la chimenea, esgrimiéndola como una maza.)

ABAD ¡Ciego homicida!...... Anciano inerme, desafío vuestra cólera. ¡Heridme si os atrevéis!

LAUR. ¡Ah! (Horrorizado deja caer la escopeta.)

ABAD ¡Desgraciado y terrible carácter es el vuestro!... Si no hubiérais dicho que vuestra cuna se meció al pie del Etna, lo hubiese adivinado por ese arrebato de ira, tan frecuente en vuestras volcánicas é indomables naturalezas.

LAUR. ¡Ah!... Es cierto, monseñor; candente lava circula por nuestras venas, y al menor obstáculo que hallamos en nuestro camino nos arrastra al del crimen. Perdóneme vuestra bondad el que, insensato, estuve á punto de cometer ahora. (Besándole la mano con veneración.)

ABAD De buen grado: faltas que no nacen del corazón no implican ofensa. (Tocan las ocho en el reloj: al oirlas se extremece Laurencio. Se presenta Gaetano.) Las ocho. Gaetano, Gaetano. Debo dejaros: es precisamente la hora de pasar

á mi oratorio. (Habla á Gaetano en voz baja. Toma el breviario.)

LAUR. (Aterrado mirando el reloj.) ¡Las ocho! ¡Hora fatal!

ABAD Fernando no tardará en venir: mientras yo vuelvo podréis hablar más francamente con vuestro amigo. Quedad en paz de Dios, hijo mío. (Gaetano acompaña al Abad hasta la puerta izquierda, después sale por ella y cruza á la derecha.)

LAUR. Que él os premie vuestro buen deseo, monseñor. (Besándole la mano.)

ESCENA IX

LAURENCIO

¿Va á venir? ¿Qué le diré? Me aterra su llegada y á la vez me devora la impaciencia por preguntarle... ¿Qué habrá sido de Elisa y de mi Laura? ¡Oh! Si es que aún viven, me habrán creído muerto! Ya viene Cotterelli, le reconozco.

ESCENA X

DICHO, FERNANDO y GAETANO

GAET. Ese es. (Hablando en el dintel de la puerta.)

FERN. ¿Ese es el amigo de quien te ha hablado mi tío?

GAET. Sí, señor.

FERN. ¡Es extraño!... No creo conocerle... Déjanos solos.

ESCENA XI

LAURENCIO y FERNANDO, de bata

FERN. Perdonad, pero no recuerdo dónde hayamos podido conocernos.

LAUR. En Catania.

FERN. ¿Hará ya mucho tiempo?

LAUR. ¡Sí, mucho!

FERN. Entonces, ayudad mi memoria. ¿Habéis acaso sido mi cliente? ¿Guarda de Bosco-Espino donde yo iba á cazar con frecuencia?

LAUR. No: me llamo Laurencio Broschi.

FERN. ¡Laurencio!... ¿Tú?... Abrázame. (Abrazándole.) (¡Dios mío! ¿Qué le traera cerca de Elisa?... Explorémosle.) ¡Pobre amigo mío, qué cambiado te encuentro! ¡Verdad es que ha transcurrido tanto tiempo! Más de nueve años que no nos vemos.

LAUR. Las desgracias y penas, más bien que la edad, han labrado los surcos de mi frente y encanecido mis cabellos.

FERN. ¿Pero qué ha sido de tí?... Se dijo que habías pasado á América...

LAUR. No.

FERN. Entonces cuéntame. ¿Vienes de Roma?... ¿De la ciudad eterna... emporio del arte y de gloriosas ruinas?... Habrás allí pintado muchos cuadros, ¿eh?

LAUR. ¡Ah! ¡Ni uno tan solo!... Pero tengo aquí... (Entusiasmado y señalando la frente.) sin embargo, bocetos de cien batallas. ¡Atrevidos escorzos de mil y mil combatientes! Grupos, en fin, de esclarecidos héroes que ¡ay! nunca ya mi pincel animará en el lienzo...

FERN. ¡Bah! ¿Y por qué no? Tú siempre tan animoso, ¿desmayarás ahora? Pronto el aire embalsamado de nuestra hermosa Sicilia, te devolverá la salud y energía. ¿No es tu objeto al regresar aquí?

LAUR. No, precisamente. La azarosa vida que me he visto precisado á llevar no me ha permitido cuidar de mi salud. Mi existencia ha sido un símil de la muerte desde que me separé de Elisa.

FERN. Temiendo ser indiscreto, no me atreví á hablarte de ella; pero ya que tu franqueza me brinda la ocasión... Dime—si quieres confiarlo á mi amistad—el motivo que te separó de una mujer tan digna de ser amada.

LAUR. ¡Fatal influjo de mi estrella!... Quizá el exceso de mi mismo amor... me ví en fin rodeado de tales y tan terribles circunstancias...

FERN. ¿Puedo yo saberlas?

LAUR. No. (Con viveza y sequedad.) Unicamente puedo decirte que hoy busco ansioso á mi mujer y á mi hija. ¿Puedes tú decirme si viven aún? ¿Darme algún indicio para encontrarlas?

FERN. (¿Qué le diré? Temo comprometer la situación de Elisa.)

LAUR. ¿Callas? ¡Ah!... ¡Todo lo comprendo!... ¿Han muerto?... ¡Acabó mi última esperanza! ¡Ah, mi amante Elisa... mi querida Lauretta! (Sollozando y apoyándose en el sillón.)

FERN. Vamos, hombre; tranquilízate... Puedo asegurarte que tu esposa vive y que...

LAUR. ¡Ah!... ¿vive? (Levantándose como por resorte.)

FERN. Más aún te diré. Habita en Castrogiovanne, y desde ese balcón se alcanza á ver, aunque lejos, los de su morada.

LAUR. ¡Ah!... ¿Será verdad?... ¡Pero... no! Tú pretendes consolarme; halagar (Corre al balcón y mira por él.) mi deseo para que yo no muera. (Retirándose del balcón y sentándose abatido.)

FERN. No, Laurencio; te aseguro que esta misma tarde he visto y he hablado á Elisa.

LAUR. ¡Ah! (Levantándose gozoso.)

FERN. Sí; su brazo se ha apoyado en el mío y mi mano ha estrechado la suya.

LAUR. ¡Ah!... ¿su mano?... (Coge la mano á Fernando y la besa con efusión.) ¡Déjame aplicar en su huella mis amorosos labios!... Pero ¿y mi hija... mi Lauretta?... Dime... dímelo... Será muy hermosa, ¿no es verdad?... Háblame de ella... ¿No te ha dicho su madre si alguna vez le preguntó por mí?

FERN. En cuanto á tu hija nada puedo decirte... Yo ignoraba que la tuvieses y no he preguntado por ella, ni Elisa tampoco me la nombró.

LAUR. Entonces... ¡ay de mí! es que ya no exis-

te... Debí temerlo... ¡Pobre niña!... ¡Era tan débil su complexión! ¡Sufrió ya tanto en el seno de su madre!... Después la miseria habrá acelerado su muerte... y... ¡angel mío!... ya no te veré más. (*Se sienta sollozando.*)

FERN. ¡Eh! ¿Quién sabe? Eres exagerado y pesimista. ¿No puede suceder que Elisa la tenga educándose en algún colegio?... ¿En el mismo de Castrogiovanne?

LAUR. ¡Oh... sí, sí!... Es verdad... es posible... Pero para tenerla en pensión se necesitan recursos que supongo han de faltar á Elisa.

FERN. ¿Tantos son necesarios para la modesta educación de una niña?

LAUR. Cierto que no. Además, Elisa la recibió esmerada: música, pintura... Esto puede haberle proporcionado medios para vivir y atender á su hija... ¡Oh, sí, sí! ¡Creo, como tú, que mi Lauretta vive! ¿Por qué he de renunciar tan pronto á la única esperanza que sostiene mi vida? Vamos, vamos á ver á Elisa y preguntarle... Ella nos dirá... (*Tomando su abrigo.*)

FERN. Aguarda, hombre... (Es preciso evitar...)

LAUR. No, por Dios, Fernando. Mira que me consume la impaciencia... y las dudas me matan.

FERN. Pero considera que á tal hora... En el estado de agitación en que te hallas... Entrar de improvíso en casa de...

LAUR. Dices bien. Soy un insensato. Me avergüenzo (*Mirándose el vestido.*) de mi aturdimiento. Conviene que me anuncies: (*Dejando su abrigo.*) que Elisa se prepare... Además, quiero que me des algunos informes... noticias... que han de ahorrarme preguntas, harto difíciles de hacer, y para Elisa enojosas de contestar... Veamos... dime primero: ¿por qué dejó á Catania? Cuéntame, si lo sabes, de qué recursos ha vivido hasta ahora y de cuáles vive actualmente.

FERN. Actualmente está en una casa respetable, sirviendo de aya á una señorita...

LAUR. ¡Ah!... ¡Mi esposa comiendo el pan de la servidumbre!... ¡Ah, pobre Elisa mía!...

FERN. En la casa á que me refiero le son guardadas las consideraciones que tu esposa merece.

LAUR. Alguna caritativa señora, que prendada de las virtudes y situación de Elisa, le ha confiado la educación de su hija, ¿eh?...

FERN. Interesante huérfana que perdió su madre al nacer.

LAUR. ¡Ah! (Con sensación.)

FERN. Sí: su padre, el célebre doctor Benvenuto Palmieri... Tú debes conocerle... le habrás oído nombrar cuando menos, porque ha sido catedrático en las clínicas de Nápoles y de...

LAUR. ¿Palmieri?.. (Visiblemente afectado.) ¡No!.. no recuerdo...

FERN. Ha escrito varias obras... tratados de... Gran filósofo además.

LAUR. ¿Hombre de edad madura... supongo? (Mirándole fijamente.)

FERN. ¡Oh, sí!.. Debe rayar en los cuarenta. (Con sinceridad.)

LAUR. (Mayor sensación.) Es harto joven para haber adquirido tanta celebridad. Deseo conocerle para ver si es justificada... ¡Cuarenta años!.. (Conmovido y preocupado se sienta mirando al balcón.)

FERN. ¡Laurencio!.. ¿Qué negra idea vuelve á preocuparte?

LAUR. Contéstame sin rebozo... ¿Crees tú que yo... tu amigo, el orgulloso artista, pueda sin rubor presentarse al caballero Palmieri y decirle con la frente erguida... Soy el esposo de la *honrada* Elisa Molvini? ¿Tienes la convicción de que en nada arriesgo mi dignidad de hombre con semejante prueba?..

FERN. Tan sinceramente creo en la virtud y lealtad de Elisa como en la delicadeza del Doctor.

LAUR. ¡Gracias, Fernando, gracias! (Estrechando su mano.) No sabes el consuelo que recibe mi

corazón escuchándote... ¡Ah!.. Estoy tan castigado de la suerte, que todo me asusta y anonada. (El Abad sale por la puerta derecha y escucha las últimas palabras de Laurencio.)

ESCENA XII

DICHOS y el ABAD

ABAD — No debéis, sin embargo, desconfiar de la bondad divina. (Dejando el breviario sobre la mesa.)

FERN. — ¡Ah! Llegáis á tiempo de prestar amparo y consuelo á mi amigo Laurencio, infortunado esposo de la interesante Elisa.

ABAD — ¡Dios mío!.. ¿Cómo habéis podido romper los hierros de vuestra cárcel?

LAUR. — ¿Yo?
FERN. — ¿El? (A un tiempo.)

ABAD — Sí: no ignoro que estáis condenado á cadena perpétua.

LAUR. — ¡Ah! (Da un paso para huir.)

FERN. — ¿Qué?... ¿Vos sabíais?...

LAUR. — ¿Quién ha podido decíroslo? (A un tiempo. Laurencio vuelve cerca del Abad.)

ABAD — Poco importa saberlo: contestad más bien á mi pregunta. ¿Habéis sido indultado? ¿Sois libre legalmente?...

LAUR. — Soy desertor.

FERN.
ABAD — ¡Ah!

LAUR. — ¡No me delatéis hasta después que abrace á mi esposa y á mi hija! (Juntando sus manos en súplica.)

FERN. — ¿Delatarte?...

ABAD — Bien diferente es mi propósito. No carezco de influencia en la corte, y la haré valer en favor vuestro. ¿Por qué delito fuísteis condenado á tan bárbara pena?

LAUR. — ¡Ah, no!... ¡No queráis oir lo que os causaría horror!...

FERN. — Sí, tal vez de tu relato se desprendan cau-

sas atenuantes en qué fundar nuestra demanda.

LAUR. Ninguna existe en favor mío.

ABAD Quizá os juzguéis á vos mismo con demasiada severidad.

LAUR. ¡Ah, monseñor... tenéis un excelente corazón!... Abriré, pues así lo queréis, la mal cerrada herida del mío, aunque la ponzoña que destila envenene esta atmósfera, saturada de leal amistad y de santas virtudes. A muy pocos meses (A Fernando.) de mi casamiento con Elisa, murió su anciano padre, al dolor seguramente de verla en brazos de otro hombre indigno de merecerla; (Al Abad.) de un miserable, que abusando del candor é inocencia de una niña, la obligó á cometer la mayor falta en un hijo... ¡fugarse ingrato del hogar paterno!

ABAD ¡Oh, sí, ciertamente!

LAUR. El encono de su familia, sus asechanzas y sugestiones para hacerme despreciable á los ojos del mundo, aborrecible á los de Elisa, llegaron al extremo de serme insoportables, porque un hermano suyo, joven tan altivo como procaz...

FERN. ¿Alfredo... capitán de la real marina?

LAUR. No perdonó insulto, escarnio ni medio alguno de ofender mi amor propio, á fin de arrastrarme á un duelo. Pero yo (A Fernando.) quise evitarle á toda costa, y temeroso más aún de la violencia de mi carácter que de sus insidiosas provocaciones, abandoné Catania, y con mi mujer y mi hija fuí á establecerme en Nápoles. (Al Abad.)

ABAD ¡Prudente resolución!

FERN. De gran valía, en pró de tu causa. Prosigue.

LAUR. Apenas transcurrido un año de nuestra estancia en Nápoles, (A Fernando.) cuando Alfredo, no sé si por mera casualidad ó por mandato del servicio... ello es, que el capitán llegó con su fragata á aquel puerto, y nuevamente empezaron sus insultos y temerarias porfías; también esta vez tuve

fuerza de voluntad para desoirlas y dominar mi arrojo. Pero ¡ay! una noche, volviendo yo á mi casa, observé cerca de la puerta tres ó cuatro marineros, que estaban hablando alegre y confusamente, mientras que uno de ellos, al parecer menos embriagado que los otros, les señalaba con la mano mis balcones. Esta circunstancia, y más aún la de haber yo distinguido en su gorra la insignia de *Il Maestoso* —nombre del buque que mandaba Alfredo —llamó mi atención, y con cautela acerquéme más al grupo de los marinos. Al pronto, nada pude entenderles, pero luego oí clara y distintamente estas ó parecidas palabras: «Spilletto cargará lastre al bote con la niña, *Masimo* y yo llevaremos la madre á bordo, que así lo ha dispuesto el capitán.» ¡Ah, monseñor... el inhumano trataba de robarme á las dos!...

ABAD ¡Punible atentado!

FERN. Prosigue.

LAUR. Al oir el proyecto de aquellos infames, toda mi sangre subió en torrentes á calcinar mi cerebro... y desatentado, loco, ciego de ira, fuí á colocarme en el umbral de mi casa, para mejor así custodiar mi preciado tesoro; apenas tuvo que esperar mi impaciencia, porque no tardó en salir bruscamente al zaguán un hombre embozado...

FERN. ¿Otro marinero sin duda?

LAUR. Instintivamente desenvainé un puñal—que al caso llevaba conmigo—pero temiendo que debajo de la capa de aquel hombre podiera estar mi hija dormida, y yo matarla con mi propia mano, contuve mi primer impulso y sólo detuve el paso á aquel desconocido. El por su parte desembozóse rápido, y balbuciente de cólera, exclamó: «Cobarde raptor, recibe el premio de tu villanía.» Y escupiéndome al rostro, lanzóme en él terrible bofetada!...

FERN. ¡Ah!

LAUR. ¡Febril, vertiginoso, iracundo al sentir mi

afrenta, súbito como el rayo me ceñí á él y empezamos en silencio la más encarnizada y fratricida lucha! Mi mujer, que apercibióse de ella, que con su hija al seno debió estar escuchándonos en la penumbra del zaguán, lanzó un ¡ay! desgarrador, gritándome... «Laurencio, respeta la vida de mi hermano»; su voz llegó á mi conciencia... Seguir quise su impulso... pero; ¡ay! ¡era ya tarde!... ¡Al separar mis brazos del capitán —que como anillo de hierro aún le sujetaban—cayó su cadáver desplomado al suelo!

ABAD / FERN. ¡Ah!

LAUR. ¡El puñal que yo busqué en mi mano para arrojarle estaba ya clavado en el corazón de mi víctima!... ¡Ah! ¡mi infeliz mujer, para recibir el último suspiro de su hermano, tuvo que arrodillarse con mi tierna hija sobre un inmenso lago de su propia sangre!...

ABAD ¡Qué horror, Dios mío!...

FERN. ¿Y á seguida de la catástrofe intentaste huir?

LAUR. ¡Quedéme indiferente y mudo... en un estado de estupidez... Sólo recuerdo los ayes de Elisa... el llanto de mi Laura... ¡También que unos vecinos me detuvieron hasta llegar una patrulla... Que ésta me ató las manos! Después nada ví, nada supe, y á los cinco años desperté en un calabozo, como si aquel día hubiese nacido en él: oí decir á mis carceleros que había estado loco, y así debió ser, porque aún sentía confusos mis recuerdos y extraviada mi razón.

FERN. ¿Y cómo has logrado escaparte?

LAUR. Desde que pude fijar un poco mis ideas; cuando ya adquirí conocimiento de dónde estaba... de lo que yo había sido antes, de lo que entonces era, hízoseme la vida aborrecible, y más de una vez quise acabar con ella, pero al acordarme de mi mujer y mi hija faltábame valor, é incesante me acometía el deseo, el delirio de recobrar mi libertad.

(Animándose gradualmente con alegría al recordarlo.) Empecé, pues, á desgastar el primer eslabón de mi cadena, afilándole de continuo contra los postes de mi prisión. Más de tres años tardé en conseguirlo... Pero ¡ah! ¿qué son tres años para la constancia y asiduidad de un preso?... Hoy hace seis días que el capataz de mi brigada vino á sacarme, como á otros de mis compañeros, para trabajar en los diques del puerto. La ocasión para mi fuga no podía ser más favorable, y apenas me ví en él me desembaracé de mi ya preparada cadena y me arrojé al agua!... Nadando por su fondo, y saliendo por intérvalos á respirar, volvía á sumergirme, alejándome siempre de la orilla. Los centinelas hicieron fuego sobre mí distintas veces, pero con tan poco acierto, que pronto pude alcanzar la barca de un pescador, que compasivo me recibió á su bordo, y me ví en fin en libertad. ¡Oh! ¡qué mágica palabra para un encarcelado! ¡Libertad! Arrojé mis ropas de presidiario, dióme el pescador estas de su uso, púsome en tierra, dile yo un abrazo, y anhelante y gozoso emprendí mi camino. Lo que después ha pasado ya lo sabéis.

FERN. ¡Pobre amigo!

ABAD ¿Y cómo imprudente os dirigíais á Catania, donde tan conocido sois de todos?

LAUR. Catania, monseñor, ha sido para mí lo que el imán al acero. Una fuerza irresistible me atrajo á esta ciudad, porque en ella únicamente podía adquirir noticias de la mujer que adoro. En Catania—decía yo—nació Elisa; allí también están enterrados sus padres... y es imposible que tan buena hija haya dejado correr ocho años sin ir á llorar sobre su tumba. Alguno de nuestros compatriotas la habrá visto en ella con mi hija derramando flores, y esto será mi guía para que yo la encuentre...

ESCENA ULTIMA

DICHOS. GAETANO

GAET. ¿Monseñor? (Desde la puerta.)

ABAD ¿Gaetano?... Adelante.

GAET. Por lo que importaros pueda, sabed que una patrulla de gendarmes acaba de prender al recadero que os trajo la carta del Prior.

ABAD ¡Qué escucho! (Levantándose.)

LAUR. } ¡Ah!... { (Laurencio alarga su mano á la escopeta.)
FERN. } ¡Ah!... { (Fernando le impone silencio.)

¡Chist!...

ABAD ¿Se han atrevido á violar la inmunidad de nuestra abadía?

GAET. No, monseñor; el recadero había salido á Castrogiòvanne para herrar allí su cabalgadura, y á su regreso le ha detenido el sargento.

ABAD Llévame á verle: tú, Fernando, dispón lo necesario para el descanso de tu amigo: vamos. (Se marcha el Abad por el foro apoyándose en el brazo de Gaetano.)

LAUR. ¡Dios mío!... ¡Habré llegado tan cerca de ellas para no poder abrazarlas!... ¡Oh! Yo las veré. (Cogiendo la escopeta.)

FERN. ¡Laurencio!

LAUR. ¡Ah! ¡Esos gendarmes me causan pavor!... (Mirando hacia el fondo.)

FERN. ¡Nada temas: dentro de la abadía no corre peligro tu libertad!... (Llevándosele hacia la puerta derecha. Laurencio no dejará de mirar á la puerta hasta desaparecer de la vista del público.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Sala con puerta en el fondo: otras dos laterales, un balcón y chimenea.—Muebles de lujo: una jaula con cotorra artificial.—Al levantarse el telón, Elisa y Fernando estarán sentados en un vis-a-vis, hablando en voz baja, junto á la chimenea: Consuelo, en el balcón, tarareando á la cotorra.

ESCENA PRIMERA

ELISA, CONSUELO, FERNANDO

FERN. Perdonad, Elisa, si aún insisto. No podéis negaros á una entrevista. Por abyecto, por delincuente que Laurencio aparezca á los ojos del mundo, las leyes divinas y humanas no le han despojado del derecho que vos le otorgasteis al hacerlo vuestro marido. Aún puede gritaros desde la reja de su calabozo: «Mujer, tú á quien elegí por compañera, desciende hasta tu esposo: ven á rendirle cuenta de tu fe jurada; del sagrado depósito de mi hija.»

ELISA ¡Ah!... ¡silencio, por piedad!... Esa inocente niña... la hija del Doctor, ignora mi pasado: si llegase á reconocerle me retiraría su estimación.

CONS. (Canta en voz baja el vals.) Tara-la-tara-la... ¡Cotorrita, que voy á enfadarme contigo!

FERN. Elisa, ved que los momentos son precio-

sos. Laurencio está aguardándome con impaciencia. Si tardo más en volver, se arriesgará á venir en medio del día, y puede ser reconocido y preso...

ELISA (Levantándose.) ¡Ah!... ¡sí!... Corred á decirle que me faltan valor y resignación para verle, pero que deseo su libertad; que huya lejos de mí...

FERN. Temo que mis esfuerzos sean inútiles. Si al menos en una sentida carta, vos misma le dijeseis los motivos que os impiden verle...

ELISA ¡Ah!... ¡sí!... Teneis razón. Torpe anduve en no pensar en ello. (Aparte.) (Una carta se medita... Se miente si es preciso...) Aguardad: voy á escribirla, y vos mismo la llevaréis.

FERN. Gracias, Elisa, en nombre de Laurencio: un consejo vuestro, una sola palabra cariñosa, han de obligarle más que todo cuanto yo pudiera decirle.

ELISA Aguardadme aquí. (Se dirige á la puerta izquierda. Consuelo, que la ve marcharse, corre hacia ella.)

CONS. ¡Elisa!... ¡Elisa!... ¿Qué te he hecho yo para que así te escapes sin darme un beso?

ELISA Volveré al instante, señorita.

CONS. ¿Señorita?... ¡Ah!... Cuando digo que eres una ingrata!... ¡Vea usted qué seriedad!... Pues no ha de valerte. ¡Toma! ¡mal genio!... ¡otro! ¡otro!... (Besándola.) ¡y cien besos más!... ¿Y no me los devuelves?

ELISA Yo...

CONS. ¡Qué tonta eres!... Todo eso es porque estáis vos delante; por echársela de aya regañona.

ELISA No; es que voy á... necesito disponer labor....

CONS. ¿Labor?... ¡Ni que lo pienses!... ¡Hoy no se borda!... Es preciso consagrar todo el día al piano, y la cotorrita... (¡Huy! ¡por poco se me escapa nuestro secreto!) (A Elisa, mirando á Fernando.)

ELISA Dispensadme, Consuelo; tengo que dar ór-

denes á Cecilia... decir á Giuseppe que prevenga el cabriolé á vuestro padre... porque hoy debe salir más temprano que otros días...

CONS. A alguna consulta, ¿eh?

ELISA Sí... Pierroto ha venido á avisar que su madre, la viuda Catalina, estaba agonizando...

CONS. ¡Ah!... ¡ya comprendo!... ¿Y por eso lloras?... ¿Te aflige la suerte de esos tres huerfanitos?... ¡Pobre Elisa!... ¡Cuán buena eres!... ¡Yo te daré para ellos todo el dinero que tengo en mi hucha!... ¡cinco escudos!...

ELISA ¡Ah!... ¡tenéis un excelente corazón!...

CONS. Alaba más bien el de papá, que me los pone allí para hacer limosnas. Pero no llores más, ó me enfado contigo.

ELISA ¿Yo?... no...

CONS. (Remedándole cómicamente.) ¿Tú?... sí... Hé ahí una lagrimita que aún rueda por tu mejilla, y que no me dejará mentir.

ELISA Os aseguro que...

CONS. Vamos, no te aflijas más, y concédeme ahora una de aquellas risitas con que tú sueles alegrarme cuando estamos solas.

ELISA ¡Hija mía! (Sonriendo y enjugando sus lágrimas.)

CONS. Eso me gusta. ¡Hija mía! Así quiero yo que me llames siempre. ¡Como me diría mamá si aún viviese! ¡Pobrecita! ¡yo la maté al nacer!.. ¡Soy una mala hija!.. ¿No es verdad, don Fernando? (Afligida.)

ELISA Señorita, os prohibo recordar...

CONS. ¡Oh!... ¿Por qué no eres tú mi madre?... Entonces yo no tendría que llorar la que está en el cielo, ni menos acusarme de quererte casi como la quiero á ella. (Colgándose de su cuello y besándola.)

ELISA ¡Yo vuestra madre!... ¡Pues bien, hija mí... (¡Ah, no!... ¡Que lo ignore siempre!) (Enternecida va á abrazarla, pero se contiene, y haciendo una brusca transición, se entra corriendo por la puerta izquierda.)

ESCENA II

CONSUELO y FERNANDO

CONS. ¡Eh! ¡Ya escapó como una loca!

FERN. (Aparte.) (Se aumentan mis dudas...)

CONS. ¡Lástima que un juego tan bonito, que tan bien empieza... acabe tan mal! (Mirando con tristeza á la puerta por donde se fué Elisa.)

FERN. (Aparte.) (No sé qué debo pensar de lo que aquí he visto.)

CONS. ¿Ya veis, D. Fernando, lo que nos acontece á mi aya y á mí?.. Pues todo el día estamos lo mismo... Siempre disputando por cuál de las dos quiere más á la otra...

FERN. ¿Por supuesto que Elisa?...

CONS. Acaba por darme la preferencia... ¡Vaya!... y podía no... ¡Primero porque es verdad que yo la quiero mucho!... ¡Tanto como á papá!... y luego porque sabe que éste ha mandado que nadie me contraríe... ni me aflija!...

FERN. Muy bien dispuesto: la alegría en los niños da más realce á sus gracias y encantos.

CONS. A propósito de gracias: sabed que estoy preparando una á mi papá que ha de estimar en mucho. Veréis... Pero cuidado con que vayáis á contárselo...

FERN. Mi palabra de honor que os guardaré el secreto. (Sonriéndose.)

CONS. Bien; pues contando con tal promesa... Mirad esa cotorra... ¿La veis tan dócil que parece una palomita?... (Rascándole la cabeza por entre los hierros.)

FERN. Ya veo que es preciosa...

CONS. ¡Pchst!... en cuanto á su plumaje... pero en lo demás es una solemne bribonaza.

FERN. ¡Oiga! ¿Y por qué?

CONS. Cinco días llevo enseñándole un vals, que Elisa ha compuesto al piano, que yo he de cantar y esta pícara tararearle con su voz de vieja, y nada; se hace la sorda y no quiere aprenderle.

FERN. ¡Já! ¡já! ¡já!

CONS. Por más que yo le digo... «Cotorrita, que nos va á faltar tiempo; que se acerca el cumpleaños de papá, en que hemos de festejarle filarmónicamente.» Nada... la muy burlona solo contesta: *No quiero ir á la escuela, ¡ah! ¡¡ah!!* ¿No os parece que esto es portarse como una tonta desagradecida?

FERN. Con efecto; es un crimen que no tiene nombre.

CONS. ¡Oh! y que no dejaré sin castigo. Por lo pronto la condeno á dieta de guindas y confites: veremos si así...

FERN. ¡Perfectamente!.. El loco por la pena es cuerdo. ¿Queréis ahora, bella Consuelito, guiarme al estudio de papá? (Dirigiéndose al foro.)

CONS. Con mil amores. Venid, por aquí llegaremos antes. Pero cuidado no se os escape una sola palabra que revele la conjuración que hemos tramado Elisa, la cotorra y yo...

FERN. Vuelvo á aseguraros de mi discreción. (Sonriéndose.)

CONS. Cuéntale tú lo que has oído ahora y te encerraré tres días en el cuarto obscuro. (Acercándose á la jaula: después se marcha con Fernando, volviéndose desde la puerta para amenazar con la mano á la cotorra.)

FERN. ¡Já, já, já! ¿Vamos?

CONS. Lo dicho... Como me enfades irás á hacer compañía á los ratones. ¡Sí, sí! Veremos quién puede más de las dos.

ESCENA III

El ABAD, LAURENCIO y un CRIADO. Laurencio llevará el mismo traje que en el acto anterior. El Abad sale apoyado en el brazo sobre el hombro de Laurencio y en una muletilla de mano.

CRIADO Tened la bondad, monseñor, de aguardar aquí mientras os anuncio á mi amo. (Se marcha.)

LAUR. No veo á Fernando... (Mirando al interior por

todas las puertas.) Tampoco á Elisa... ni á mi Laura... ¿Está desierta esta casa?... ¡Ira de Dios!

ABAD ¡No juréis!... Y otra vez os recomiendo la mayor cordura.

LAUR. No temáis, hoy deseo conservar una existencia que ayer me era insoportable. Después de haberme vos asegurado que la hija del Doctor no existe, ha renacido en mi pecho la esperanza de encontrar á mi Lauretta junto á su madre.

ABAD No déis pábulo, sin embargo, á conjeturas que pueden muy bien frustrarse; falta aún que vuestra esposa las confirme.

LAUR. ¡Oh!... Dejadme á mí el cuidado de interrogarla. Pero... ¡la impaciencia me consume!... ¿Se negará el Doctor á recibirnos?

ABAD ¡Chist!... Callad delante de ese criado.

ESCENA IV

DICHOS y un CRIADO. Á poco CONSUELO

CRIADO Monseñor, mi amo me manda deciros si tendréis la bondad de pasar á su gabinete.

ABAD Vamos y guiadnos á él. (Se apoya en el hombro del criado y se dirige á la puerta derecha. Al llegar á ella se presenta Consuelo: Laurencio entonces estará mirando al interior de la puerta derecha; y al oir la voz de la niña vuelve la vista hacia ella; al verla deja al abad y retrocede.)

LAUR. ¡Ah! ¿Será ella? (Extasiado mirándola.)

ABAD ¡Prudencia, por Dios!...

CONS. ¡Bien venido seáis á esta casa, monseñor! (Besándole la mano y sin reparar en Laurencio.)

ABAD Bendígaos el cielo, hija mía. (Poniendo su mano sobre la cabeza de Consuelo.)

CONS. He oído anunciar vuestro nombre al criado y vine corriendo para que me bendijeseis.

LAUR. (¡Dios mío!... ¡Cuán hermosa es!... ¿Será mi Lauretta?)

CONS. Mucho me alegro de vuestro alivio, mon-

señor. Hace ya muchos días que no os veíamos en los oficios: mi aya me contó que estabais muy enfermito, y ambas hemos rezado por que Dios os pusiera pronto bueno.

ABAD Premiaros le plazca tanto interés y caridad, niña hechicera. (Besándola en la frente. Después hace señas al criado—que ha permanecido en el dintel—para que se acerque; y apoyado en su brazo se marcha con él. Consuelo, después de haber besado la mano al Abad, saca del bolsillo una caja de bombones y se acerca á la jaula de la cotorra.) ¿No venís? (A Laurencio, que habrá permanecido estático mirando á Consuelo desde lejos.)

LAUR. No, dejadme aquí. (Distraído.)

ABAD Vuelvo á recomendaros la prudencia. (Al criado y se van los dos por la puerta derecha.) Guiadme vos...

ESCENA V

LAURENCIO y CONSUELO

CONS. De las flores, los primeros... (Cantando cerca de la jaula.)

LAUR. ¡Ah! ¡imposible contener los latidos de mi corazón!... ¡Salírseme quiere del pecho al contemplar este ángel que puede ser mi hija!

CONS. Míralos... ¿los vés?... aquí tienes los confites; pero no los catarás como no te enmiendes... Veamos y canta conmigo... «Lara...la... tra...»

LAUR. Perdonad si yo... (Acercándose.)

CONS. ¡Ah!... (Volviéndose asustada.)

LAUR. ¿Seréis tan amable que queráis escucharme dos palabras, bella señorita?

CONS. ¿Yo?... ¿Qué pretendéis de mí?... ¿Necesitáis limosna? Bien: voy á pedirle á mi aya para vos... (Movimiento negativo de Laurencio.) ¿Estáis enfermo?... Sí; bien se os conoce: entrad, pues, por allí al gabinete del Doctor, y él os curará como á todos los pobres. ¿Qué hacéis? ¿No vais?

LAUR. No. ¡Yo no necesito más que veros, oir vuestra voz, mirar vuestro semblante extasiado de gozo!

CONS. ¡Vaya!... ¡pues me gusta! ¿Con esos ojos tan relucientes como dos ascuas?...

LAUR. ¡Ah! es que yo...

CONS. ¡Apartadlos de mí os digo! Siento que me queman vuestras miradas. (Cubriéndose el rostro con las manos.)

LAUR. ¡Es que reflejan la amorosa llama que arde en mi pecho!... Miradme vos tierna y cariñosa, y bien pronto veréis mitigado su fulgor. ¡Ah!... ¡Miradme compasiva!

CONS. Quisiera, pero... si... ¡ay! ¡no puedo... no! ¡Me causáis horror! (Gran sensación en Laurencio.)

LAUR. ¡Ah!... ¿horror? ¡Dios mío!... ¡Cuán cruel suena esa palabra en vuestro labio! ¡No os vayáis, por piedad! (Viendo que se va Consuelo.)

CONS. (¡Cuidado si es fastidioso!...)

LAUR. Dejadme contemplar en vos la imagen adorada de una hija mía que anhelante busco.

CONS. ¡Ah!... ¿Vos tenéis una hija? (Con amabilidad, quitándose las manos del rostro.)

LAUR. Sí, de vuestra misma edad... Que hoy, sin duda, os iguala en candor y hermosura.

CONS. ¿Y la váis buscando?... ¿Deseáis verla? (Acercándose.)

LAUR. ¡Como la luz el ciego!

CONS. ¡Vamos! ya eso me tranquiliza... porque un padre amoroso es imposible que sea un malvado.

LAUR. ¿Cómo os llamáis, encantadora niña? (Acercándose á ella.)

CONS. Me llamo Consuelo Palmieri de Castelfido.

LAUR. ¿Consuelo? ¡Ah!... ¡temo que ya no podáis serlo mío! (Afligido.)

CONS. ¿No os gusta mi nombre? ¡Pues es muy bonito!

LAUR. ¡Cuánto diera yo porque os llamaseis Laura!

CONS. ¡Oiga!... ¿y por qué?...

LAUR. ¡Ah!... ¡porque ese es el nombre de la que yo he perdido! ¡Oh!... ¡Si vieseis cuán graciosa y bella la dejé en brazos de su ma-

dre!... ¿Nadie os ha hablado aquí de la hermosura de mi Lauretta?

CONS. No, nadie... ¿Y quién pudiera?... ¿Mi papá tal vez?... ¿La ha conocido?...

LAUR. No, pero vuestra madre...

CONS. ¡Ah!... ¡mi madre murió al darme la vida! ¡ni aun alcancé la dicha de darle un beso!

LAUR. (¡Grosero engaño que viene á acrecentar mi horrible duda!...)

CONS. (¡Dios mío!... ¡Ya vuelvo á temblar!... ¿Estará loco este hombre?)

LAUR. (Si la niña Consuelo murió... Si esta no es mi Laura... si es hija del Doctor... ¿De qué madre ha nacido? ¡Oh! ¡qué infernal idea viene á atormentarme!...)

CONS. (*Aparte.*) (¿Qué estará pensando?)

LAUR. (¿Debo estrechar en mi seno esta criatura como un pedazo de mi alma, ó ahogarla entre mis manos como prueba evidente de mi deshonra?)

CONS. (¡Ay!... ¡cada vez se pone más furioso!... ¡Yo me escapo!...)

LAUR. ¡Quieta ahí!.. (*Bruscamente é impidiéndola el paso.*)

CONS. ¡Ah!... (*Quédase inmóvil y asustada.*)

LAUR. Es necesario que curéis la herida que vuestro desvío ha abierto en mi corazón.

CONS. ¿Y cómo?

LAUR. ¿No habéis dicho que el padre que busca á su hija no puede ser malvado?... Pues bien; yo vengo amoroso en busca de la mía... Sedlo vos: ¡llamadme vuestro padre!...

CONS. ¿Yo? No.

LAUR. ¡Sí, permitid plácida que imprima un beso en vuestra cándida frente!...

CONS. ¡Oh! ¡no!... ¡no!... ¡jamás!... ¡Repito que me causáis horror! (*Vuelve á cubrirse el rostro con las manos.*)

LAUR. ¿Otra vez tan fatídica palabra?... Pues bien, desafío su augurio, y á pesar vuestro... (*Con vehemencia y acercándose á ella.*)

CONS. ¡Elisa!... ¡Papá!... ¡Venid á mi socorro!... ¡Padre!... Padre, Elisa... (*Corriendo y guareciéndose detrás de los muebles de la persecución de Laurencio, que la impide marchar.*)

LAUR. ¡Callad, miserable y orgullosa criatura!... (Fuera de sí y amenazándole.)

CONS. ¡Ah!... ¡No me hagáis daño!... (Juntando las manos con ademán de súplica.)

LAUR. Cede á mi ruego ó... (En el mayor arrebato de ira.)

ESCENA VI

DICHOS, ELISA

ELISA. ¡Ah!...

LAUR. ¡Ah!... (Consuelo lanza un grito, y al ver en la puerta izquierda á Elisa corre hacia ella; ésta, desde el dintel, grita viendo á la niña amenazada por Laurencio; éste, al grito de Consuelo vuelve la cabeza, y viendo á Elisa da un paso para acercarse á ella cariñoso; pero Elisa, temiendo por Consuelo, que ya está á su lado, la coge violentamente en brazos y la mete dentro de la habitación, cerrando apresurada la puerta, y extendiendo además los brazos delante de ésta para guardar la entrada. Laurencio, al ver la acción y actitud que conserva Elisa, permanece á distancia de algunos pasos, mirándola y aguardando una palabra afectuosa; pasados algunos momentos extiende los brazos hacia ella con ademán de súplica. Elisa permanece fría como una estátua.)

LAUR. ¡Elisa!... ¡Elisa mía!... (Elisa horrorizada vuelve su rostro al lado opuesto en que está Laurencio; éste observa su movimiento y exclama con dolor.) (¡Ah, desgraciado de mí, que también he perdido su amor!) (Breve pausa, en que procura serenarse y hablar tranquilo.) Extraño recibimiento el tuyo. No parece sino que mi presencia aquí es la de un sér aborrecido... ¡La de un fantasma acusador! ¡Ni aun la sorpresa de mi llegada puede disculpar tu glacial silencio!... ¡Porque Fernando te la ha dicho!... Tú me aguardabas... Debías suponer mi ansiedad por inquirir lo que tanto tiempo ignoro... (Elisa le enseña una carta, Laurencio se aproxima y la recoge.) ¿Qué es esto? ¿Una carta? ¡Ingenioso modo de responder!... ¿Pero sabes tú si este papel contesta... todas las preguntas que yo he de hacerte? (Leve movimien-

to de cabeza en Elisa.) Procedamos con calma, y plegue á Dios que la mía no me abandone cuando más la he menester. Impórtame que digas antes de todo, si esa niña que has encerrado ahí, es por ventura mi querida Laura.

ELISA ¿Qué?... ¿No ha dicho ella misma llamarse Consuelo y ser hija del Dr. Palmieri? (Balbuceando temerosa.)

LAUR. ¡Del doctor!... ¡Con efecto; (Duda y sarcasmo.) así lo ha dicho, y como ella, también me lo ha asegurado Cottarelli!... ¿Pero participas tú de su creencia?

ELISA ¿Y qué motivos pudieran obligarme á creer otra cosa?

LAUR. Uno muy poderoso que voy á explicarte. Monseñor Santarello me ha manifestado auténtica y expedida en Catania, la partida de defunción de Consuelo Palmieri, hija legítima del doctor, y *única,* que como tal, se halla inscrita en el Registro de nacimientos de la abadía de Castrogiovanne.

ELISA Podrá ser cierto lo que decís; pero si existe algún misterio en la procedencia de la niña Consuelo, no me incumbe á mí, ni creo que á vos tampoco averiguarlo. Al proponerme el doctor el cargo de aya de su hija, le creí dispensado de acreditarme su legitimidad. Yo carecía de pan, y acepté para vivir el que generosamente me ofrecieron en esta casa, sin preguntar quién yo fuese ni de dónde venía. Agradecida á tal favor, sólo pensé en ganar honrada y decorosamente mi salario.

LAUR. ¡Ah!... ¿Tu salario?... (Irónico.)

ELISA Sí; con la limosna que mi tierna hija y yo recogíamos en la puerta de un café, de un teatro, no pudimos alimentar nuestros cuerpos, cubrir sus desnudas carnes, ni menos aún pagar un techo donde guarecernos del frío de la noche.

LAUR. Es verdad. ¡Al remachar el verdugo mi cadena, me privó legaros otra herencia que el oprobio y la ignominia! (Sumamente afec-

tado.) ¡Bien me figuro tu dolor, viendo sufrir á nuestra pobre y delicada hija los tormentos del hambre! Pero Dios en su infinita bondad habrá querido darle fuerzas para resistirlos, para vivir aún; ¿y hoy?... ¿Supongo que nada debemos temer por su preciosa vida?... (Balbuciente de temor.)

ELISA ¡No!... ¡Nada!... (Friamente.)

LAUR. ¡Dios mío! Me asusta... me hiela tu modo de responder: dímelo sin rebozo. ¿Por qué no la veo junto á tí? ¿Acaso está enferma... ausente?

ELISA ¡Tu hija es más dichosa que su infeliz madre!

LAUR. ¿Pero dónde está?... ¡Habla!... ¿Qué ha sido de ella? ¿Dónde se encuentra ahora? Quiero saberlo... (Con marcada ansiedad. Elisa levanta sus ojos y manos con solemnidad. Laurencio, como herido de un rayo, lleva sus manos al corazón: dobla su cabeza, y con paso vacilante busca el sillón inmediato, y se apoya en su respaldo.) ¡Muerta!... ¡Oh!... ¡Acabó ya toda esperanza! ¡Roto ha sido el único lazo que á mí te unía... y sobre mi conciencia, pesa ya un crimen más! (Momento de silencio.) Pero no... Es imposible lo que tú... ¡No, no! ¡Mi corazón me grita que me engañas!... ¡Vive mi Laura, sí! No hay en el mundo una sola madre que con tal indiferencia pueda recordar la muerte de su hija, ni menos aún referirla sin lágrimas á su angustiado padre. ¡Elisa! ¡Elisa! (Amenazante.) Apresúrate á decirme que has mentido, ó muéstrame la prueba de que hablas la verdad.

ELISA Id á Catania, y exigídsela á quien pueda dárosla.

LAUR. ¡Oh! Sí por cierto, y pronto. Hoy mismo iremos los dos á reclamarla.

ELISA Allí os dirán los tribunales que un homicida no tiene derecho á pedir cuenta ni razón de una familia á la cual renunció al cometer un crimen, y que después tuvo olvidada por tan largo tiempo.

LAUR. ¿Que renuncié á ella?... ¡Dios mío! ¿Y eres

tú la que tal cosa se atreve á decirme?... ¿Por quién, sino por tí y mi Laura, por el temor de perderos, pude yo convertirme en cobarde asesino? ¿Por qué sino por el amor que os tuve, arrastré con resignación ocho años mi pesada cadena?... Ah, sin la dulce esperanza de veros algún día, pronto hubiese estrellado mi cráneo contra los muros de mi calabozo! ¿Que yo te tuve olvidada?... ¡Oh! ¡Esa palabra en tu boca es un sarcamo horrible!... ¿Qué uso he hecho yo del primer momento de mi libertad?... ¡Pobre y enfermo, correr en busca tuya á través de inmensos obstáculos, de inminentes peligros, por solo tener el consuelo de abrazar una vez más á la mujer que adoro!... Aquella, ¡ay Dios! que tan cortos instantes tuve la dicha de poseer. ¡Oh! ¡Elisa! ¡Mi idolatrada Elisa!... ¡Tú que tanto me amaste un tiempo; tú cuyo corazón es noble y generoso, perdóname magnánima!... ¡Imita la más grande y sublime de todas las mujeres!... «*La del fratricida Caín besó amorosa aquella frente maldecida de Dios, y Dios bendijo la mujer de Caín!*»

ELISA ¡Laurencio!... Mi rencor se ha extinguido; pero no me pidas vencer un imposible. (Le da la mano para que se levante.)

LAUR. No; no lo es; absuelve y ámame y todo es fácil aún. Si rehusas llevar mi nombre envilecido, sígueme á lejanas tierras, y en breve mi paleta y mis pinceles habrán de conquistármele ilustre y envidiado.

ELISA Y al cambiar de país y de nombre, ¿trocarías también tu indómita fiereza? ¿Perdería yo la memoria de nuestro horrible pasado? ¿En qué remoto clima no surgirían en medio de nuestra aparente felicidad, los ensangrentados espectros de mi hermano y padre?

LAUR. ¡Ah!... ¡No me recuerdes la fatal historia que me cerró las puertas del Paraíso!... (Suplicante.)

ELISA Sé justo, Laurencio, y no pretendas imponer á mi corazón sentimientos y sacrificios opuestos á tu propia conciencia. ¡Harto desgraciada me hiciste ya!.. Déjame, pues, tranquila llorar mi triste suerte, y sigue tú la senda que te trazó el destino. (Breve pausa: después de la cual Laurencio exclama iracundo.)

LAUR. ¡Eh!... ¡Basta ya de hipócritas sutilezas!... (Acercándose iracundo.) Si es cierto que Laura murió, que nada te liga á este país de maldición para nosotros, ven y sígueme lejos de aquí... ¡Evítame la presencia de un hombre que aborrezco sin conocerle... ó vive el cielo que no respondo de mi templanza! (Mirando en derredor suyo.)

ELISA ¡Laurencio!... (Aterrada.)

LAUR. ¡Sí! ¿No ignoras que mi cabeza no siempre está subordinada á la razón? (Exacerbado.)

ELISA ¿Qué?... ¿Serías capaz de un nuevo crimen?

LAUR. ¿Y cuya fuera la culpa, sino del imprudente que se atreva á pisar el áspid irritatado?... ¡Pronto, sálvame, y sálvame de mi cobarde envidia, de mis rabiosos celos!... Ven... (Asiéndola de la mano y queriendo arrastrarla consigo. Elisa se resiste y cae de rodillas.)

ELISA ¡No!... ¡Ten compasión de mí!

LAUR. ¡Vendrás!...

ELISA ¡Ay!... ¡Me lastimas!...

LAUR. ¡Oh! (Levantando la mano para pegarle; pero avergonzado de su acción, se muerde la mano que levantó para amenazar.) ¡Soy más que asesino... soy un miserable!...

ESCENA VII

DICHOS, FERNANDO, el ABAD y el DOCTOR

FERN. ¡Laurencio!... (Gritándole desde la puerta. Detrás de él sale el Doctor sosteniendo al Abad, que se apoya en su hombro.)

DOCT. ¡Caballero!... ¿Olvidáis estar en mi casa?.. ¡Que esa señora pertenece hoy á mi familia! ¡Que es digna de nuestro respeto, y que nosotros, todos, hemos de ampararla contra vuestra grosera incivilidad!

LAUR. Me halláis reclamando derechos que me pertenecen y no os concedo á vos el de interpretar la buena ó mala forma que empleo al reclamarlos.

DOCT. Eso trataremos ahora tranquilamente los dos, si tenéis la condescendencia de escucharme. Señores... Elisa, (Invitándoles á que se marchen.) tened la bondad de dejarnos un momento.

FERN. ¿Vuelvo á la abadía á disponer lo necesario para el viaje? (Al Abad.)

ABAD Sí. (Fernando saluda á Palmieri; éste le acompaña hasta el foro.) Es preciso que mañana mismo dejen ambos esta casa. Elisa, conducidme donde pueda hablaros.

ELISA ¡Oh, sí! Yo también necesito que el sacerdote me oiga en penitencia. (Se entran los dos por la puerta izquierda. El Doctor echa los pestillos y llaves á todas las puertas. Laurencio le observa.)

ESCENA VIII

LAURENCIO y el DOCTOR

DOCT. De vuestra llegada anoche á la abadía me ha enterado ahora don Fernando: de modo que después de tan inesperado acontecimiento, no he tenido ocasión de hablar de él á vuestra esposa. Pero como quiera que Elisa y yo siempre hemos creído posible—si bien difícil—vuestro indulto ó vuestra fuga, combinado teníamos nuestro plan para el caso de que uno ú otra llegaran á realizarse.

LAUR. ¿Y puedo, señor mío, saber el propósito de semejante concierto? (Conteniéndose apenas.)

DOCT. No seáis impaciente y haced por escucharme con más tranquilidad. (Toma una silla y la ofrece á Laurencio, que no la acepta.)

LAUR. Mucho exigís de mí, y debo advertiros que los límites de mi paciencia son harto escasos... y la ocasión presente no muy seguro valladar para tenerla á raya. Por otra parte, sospechando estoy, caballero, que vais

á darme satisfacciones que aún no os he pedido, y no he de permitiros semejante agravio... (Movimiento del Doctor para interrumpir.) No cambiemos, pues, nuestros respectivos papeles, y acorde vos con el vuestro, limitáos á contestar lisa y llanamente mis preguntas.

DOCT. Sea como queráis. Mi frecuente asistencia á la cabecera del enfermo, tiéneme acostumbrado á tolerar las extravagancias é impertinencias del que sufre. Proseguid vos, yo escucharé. (Sentándose.)

LAUR. La primer extravagancia que á mí se me ocurre, señor Doctor, es exigiros la partida de bautismo de vuestra hija.

DOCT. Me pedís lo que no puedo daros, porque yo, actualmente, no tengo hijo alguno.

LAUR. ¿Que no le tenéis?... Pues entonces, ¿cuya es esa niña que sirve de pretexto para que Elisa viva en vuestra casa?

DOCT. Esa niña, que todo el mundo, y aun ella misma, cree ser mi difunta Consuelo, es vuestra hija Laura.

LAUR. ¿Laura?... ¡Cielos!... ¿Mi hija vive? ¡Acabo de verla!... ¡Ah!... Este momento de placer compensa mi pasado dolor. (Próximo á desmayarse se sienta.) Pero... ¡Ah!... las fuerzas me abandonan; mi razón se turba... Y ahora necesito... ¡quiero vivir!

DOCT. (Levantándose á socorrerle.) ¡Valor!... Pensad sólo en la dicha de haber hallado vuestra Laura.

LAUR. ¡Oh, cuán hermosa es!... Pero... ¿por qué me ha mentido Elisa tan cruelmente? ¿Por qué mi hija os cree su padre, y como á tal os ama?... ¡Veamos!

DOCT. Ya lo hubierais sabido si...

LAUR. No, no me lo digáis. ¿Qué importa ya saberlo? Vos me habéis conservado mi hija, me la restituís, y esto me basta. ¿Para qué ya otro bien que poseerla? ¡Gracias, caballero!... ¡Gracias!... (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

DOCT. Fáltame deciros que si he tratado de granjearme el cariño de vuestra hija...

LAUR. Yo os lo perdono... también á mi esposa haberlo tolerado. Yo mismo voy á decírselo entre mil besos á mi Laura, y... (Acercándose á la puerta.)

DOCT. Un momento: os prohibo pasar el dintel de esa puerta hasta después de oirme lo que aún tengo que deciros.

LAUR. ¿Qué?... ¿Acaso el *dueño* de esta casa quiere impedirme abrazar á mi hija y mi esposa? (Asombrado y con ira.)

DOCT. (Con gravedad.) Fáltale saber si sois digno de ellas.

LAUR. ¡Eh!... ¡Vive el cielo, que!... (Amenazando. El Doctor le impone con una mirada fría y tranquila, y le invita á sentarse en el sofá.)

DOCT. Tened la bondad de sentaros, y escuchadme con calma y suma atención, que es harto grave lo que vamos á tratar ahora.

LAUR. (La sangre fría, la mirada de este hombre me fascinan á pesar mío...) (Sentándose en el sofá. Los siguientes razonamientos del Doctor, sin énfasis, con ligereza y naturalidad.)

DOCT. Hace ocho años que en Nápoles, una de esas levas que se acostumbran en las grandes poblaciones para recoger los mendigos que pululan por sus calles, trajo á Catania á vuestra esposa, con su tierna hija, al hospital que allí me estaba encomendado. Pronto hubieran sucumbido las dos—pues tal era su aniquilamiento—sin los cuidados y especiales remedios que, todos, en aquel benéfico asilo, nos apresuramos á prodigarlas. La niña, particularmente, excitó en mí una irresistible simpatía, tal vez exagerada, porque en aquel entonces acababa yo de perder á mi hija, y esto á muy pocos días del fallecimiento de su buena madre. El cariño que la cobré, y que cada día iba en aumento, no podía ser mal interpretado por la maledicencia: así es que me entregué á él con toda la efusión de mi alma. Pero, ¡ah! bien pronto á las caricias del padre adoptivo sucedieron los temores y alarma del médico. La débil

constitución de aquella niña; su exquisita sensibilidad; su precoz comprensión presagiaban una muerte rápida y prematura á cualquier emoción violenta que llegase á experinentar. «¡Pobre Lauretta! decíame yo consultando libros!—¿qué será de tí, flor impresionable, preciosa sensitiva, cuando con tus primeras y balbucientes palabras, preguntes de tu padre!—¿Quién fué?—repetirás una vez y otra á tu angustiada madre...»

LAUR. ¡Ah!

DOCT. Y la madre infelice, habrá de permanecer muda á sus ruegos; y temerosa, avergonzada, mirará en torno suyo, si hay alguien que imprudente descúbrale un secreto que ha de causar su muerte.

LAUR. ¡Oh!...

DOCT. Y por el silencio y la confusión de la madre, recelará la hija que en la historia del padre por quien suspira, hay algo de siniestro que no quieren decirle.

LAUR. (¡Horrible verdad!...)

DOCT. Luego más tarde, transformada la niña en mujer; en el florido abril de venturosas ilusiones, cuando ya el alma virgen siente la necesidad de amar y ser correspondida, ¿á qué objeto querido podrá ofrecerle cándida su puro y casto amor? ¿Cuál hombre que en algo se estime, no repugnará hacer su esposa de la hija de un presidiario?

LAUR. ¡Oh!... ¡Basta ya!... ¡Ved que hay verdades que no pueden decirse! (Intenta levantarse. El Doctor le impone con su mirada.)

DOCT. Estas tristísimas reflexiones me sugirieron una singular idea que no tardé en comunicar á vuestra esposa. Mi hija ha muerto, le dije: dejadme, pues, adoptar la vuestra, y que la dé mi nombre. La circunstancia de ser Laura y Consuelo de una misma edad, facilita y hace verosímil un engaño que ninguno ha de sospechar. Nada reveléis á vuestra hija, y ella misma habrá de creer en él. Esto dije hace ocho años á

vuestra esposa, y á tal propósito hemos venido trabajando de consuno: juzgad ahora nuestra conducta como mejor os plazca. (Levantándose.)

LAUR. No puedo menos de confesar que vuestro proceder ha sido noble y generoso, y tanto más laudable cuanto que no os movió el deseo ni la esperanza de obtener la más mínima recompensa. ¿No es así? (Se levanta.)

DOCT. Así es.

LAUR. Nunca debéis olvidar, sin embargo, que esa niña que os apropiáis como un juguete para *vuestro consuelo,* tenía un padre legítimo á quien dársele en su desgracia.

DOCT. Túvelo harto presente; ¡pero como un calabozo á perpetuidad semeja tanto á una sepultura!... ¡Como el hombre muerto por la ley civil, apenas se diferencia del que muere físicamente!.. De todos modos, si violé un derecho que á vos pertenecía; si equivoqué mi cálculo, convenid á lo menos en que fué muy desinteresada y aun piadosa mi equivocación.

LAUR. Eso es lo que vais á probarme, (Con resolución.) apresurándoos á repararla. Allí está encerrada mi hija con su madre. (Señalando la puerta izquierda.) Decidla, reveladla vuestra sutileza, vuestro inaudito engaño.

DOCT. No debo hacerlo. (Fríamente.)

LAUR. ¿No? Yo mismo se lo diré á presencia vuestra, y cuidado con desmentirme... ¡ó juro al cielo!... (Se dirige á la puerta. El Doctor se interpone delante de ella.)

DOCT. Deteneos aún: meditad antes la sentencia de muerte que vais á fulminar contra esa inocente criatura... ¿Qué palabras encontraréis para decirle: (Amimándose por grados.) «El hombre honrado que respetas y amas como padre, no lo es tuyo... Yo, que soy un miserable, que reciente llevo el acardenalado estigma del grillete; yo, que estoy salpicado con la sangre de mi hermano, yo, yo soy tu padre.»

LAUR. ¡Oh!... Callaos por piedad si no queréis

que muera de angustia, ó que ciego y desatentado acumule un crimen á otro crimen!

DOCT. ¿Queréis que yo calle? Enmudezca, pues, vuestra ira y egoismo. Dejadme oir tan solo, á vuelta de lastimeros ayes del amor paternal, los elevados sentimientos de un corazón grande y generoso. (Con entusiasmo.)

LAUR. ¿Y qué queréis que ahora os diga el mío después de habérmele envenenado y roto en mil pedazos?... ¡Ah, sois inexorable en vuestro raciocinio!

DOCT. ¡Cumplo un deber sagrado!... Destruid vos si queréis con una sola palabra la existencia de vuestra hija, y renunciad impenitente á vuestra única y santa redención. (Pasando y poniendo la mano en el pestillo de la puerta.)

LAUR. ¡Ah!

DOCT. Dios os ve y os oye. Si aún persistís en desafiar su cólera, ¡preparaos, verdugo, á inmolar vuestra víctima!... (Abre la puerta y llama.) ¡Elisa! ¿Monseñor?... Tened todos la bondad de salir aquí.

ESCENA IX

DICHOS, ELISA, el ABAD y CONSUELO. El Doctor quedará esperando en el dintel para que Elisa, que sale la primera, pueda hablar con él. El Abate sale después apoyado en Consuelo. Laurencio se retira al foro

ELISA (¿Le habéis revelado?...) (Con ansiedad al Doctor.)

DOCT. (Todo. ¡La muerte se cierne sobre la cabeza de vuestra hija!)

CONS. ¡Hola... papaíto!... ¡Gracias á Dios que al fin te has acordado de llamarme! (Dejando al Abad y colgándose del cuello del Doctor y acariciándole.) ¡Impaciente estaba por volver á verte!... ¿No sabes que yo no puedo vivir sin tí, ingrato papá?...

LAUR. (Qué tortura es ésta, Dios mío!...)

DOCT. Pues no ha mucho ví yo á la señora revol-

tosilla jugando en mi bufete con libros y cuadernos...

CONS. Sí; yo también te ví mirándome de reojo, mientras hablabas con don Fernando... ese caballero que ayer me dió un susto. Pero ¡ay! papaíto, hace poco he tenido aquí otro mucho mayor...

DOCT. ¡Já, já! ¿De veras?...

CONS. ¡Vaya!... como que si no viene mi aya á socorrerme... sabe Dios... Y tú, tan descuidado y perezoso, que por más que te llamé no acudiste á mis gritos...

DOCT. ¿Pero qué ha sido ello?... Cuéntamelo... la mimosilla... (Acariciándola.)

CONS. Figúrate que yo vine á ensayar un vals á mi cotorrita... ¡Ah, torpe de mí!.. Yà se me escapó otra vez. (Tapándose la boca con la mano.)

DOCT. Pero, aturdida, acaba tu historia. (Sonriendo y acariciándola.)

CONS. Voy... pero ven... siéntate aquí y yo en tus rodillas... *¡ajajá!* (Llevándole á que se siente en el sofá y sentándose ella en sus rodillas.) Verás... Yo vine aquí tan contenta... y cátate que me encuentro con un hombre de muy mal aspecto... con unos ojos... y un... Debía de estar enfermo ó loco... (El Doctor mira á Laurencio. Lo mismo Elisa. El Abad y Laurencio manifiestan el mayor dolor y abatimiento.) Loco más bien.. porque figúrate que le dió la manía de abrazarme... de darme un beso. ¡Ay... qué miedo he pasado!... ¡Qué horror de hombre!...

DOCT. Bien; pero tú debiste mostrarte compasiva con un pobre enfermo... con un insensato, cuya razón no puede discernir. (Intencionadamente por Laurencio.)

CONS. ¡Oh... si él me hubiese pedido otra cosa que un beso!... (Con la mayor ternura.) ¡Pero él quería que yo le llamase padre, y yo no puedo besar más que á Elisa y á tí, ni tener otro papá que tú, á quien tanto amo. Tú eres el padre que me dió el cielo... y pronto moriría si tú me faltases. (Abrazándole y besándole.)

LAUR. ¡Cuánto me hacéis sufrir, Dios mío, cuánto! (Sollozando sin poder contenerse.)

CONS. ¡Ah... mírale ahí!... ¡Ese es! ¡Líbrame de él... papá!... (A la exclamación de Laurencio vuelve Consuelo la cabeza, y al verle se baja de las rodillas del Doctor y se esconde detrás del sofá.)

DOCT. (¡Terrible castigo!)

ABAD (¡Desventurado padre!)

ELISA No temáis, Consuelo. (Yendo á tomarla de la mano, la trae hacia Laurencio.) Este desgraciado no os quiere mal... No trata de haceros daño. ¿No es verdad? (Presentándola á Laurencio: Consuelo ha obedecido con repugnancia y volviendo la cabeza al lado opuesto.)

LAUR. ¡Ah!... No. (Cruzando sus manos con humildad y llorando.)

ELISA ¿Por qué habiais de odiar á esta inocente niña que no os conoce, cuyo buen corazón acabará por compadeceros y amaros?

LAUR. ¡Oh!... Si ella pudiese... (Llevando la mano al corazón.)

CONS. ¡Compadecerle, sí; amarle, no!... ¡Me aflige, me hace daño su presencia!... (El Abad la toma la mano. Elisa suelta la que le tenía agarrada.)

ABAD Caridad, hija mía, caridad.

CONS. ¡Sí, pero, monseñor... Vámonos donde él no pueda mirarme más! (Tomándole de la mano. El Abad se va con ella, enternecido, por la puerta de la izquierda. Laurencio quedará en el mayor abatimiento. Elisa le contempla enternecida. El Doctor se acerca á él y le estrecha afectuosamente la mano.)

DOCT. ¡Cruel ha sido la prueba por que habéis pasado; y sublime vuestra abnegación!... Ella os rehabilita á mis ojos, y sabrá conquistaros el amor de vuestra esposa. (Mirándola intencionadamente y entrándose por la puerta de la izquierda. Laurencio se sienta y solloza.)

ESCENA X

LAURENCIO, ELISA

ELISA (Acercándose cariñosa.) ¡Laurencio!... ¡amigo mío!... ¡no te entregues al dolor!... ¡Considera tu quebrantada salud!

LAUR. ¿Y qué te importa á tí mi vida ó mi muerte, mujer falaz y sin corazón?... ¿No vale más morir que saber que mi hija me aborrece y verla en ajenos brazos?... ¡Ah!... ¡Y decir que has sido tú, su madre, la que fría y calculadamente has preparado tamaña iniquidad!...

ELISA No me juzgues así, Laurencio; reflexiona que en la triste situación á que me ví reducida, nada mejor pude hacer en pro del presente y porvenir de Laura.

LAUR. Sí pudiste. Tu más imprescindible deber era no mentirle su origen ni mi nombre; atenuar mi crimen á sus ojos: acostumbrarla á mirar á su padre sin horror: á llorarle compasiva y pedir incesante á Dios, tuviese misericordia del pobre encarcelado. ¡Esto fué lo que tú debiste haber hecho antes que infundir en mi hija necias aspiraciones de orgullo y vanidad!—¡Un mentiroso y repugnante afecto, en vez del puro y santo que á mí tan sólo pertenecía... que tú me robabas!... ¡Oh! Mi involuntario crimen no merecía tanta execración, tan astuta y cobarde venganza. (Resuelto.) ¡Pero no importa, hay castigos que ultrajan la humanidad!... y yo en su nombre, exijo reparación del que quieres imponerme.

ELISA ¿Y cómo es ya posible evitarlo?

LAUR. Entregándome mi hija. Diciéndola que es fuerza que me ame; que Dios se lo manda...

ELISA Laurencio, ¿no la oiste decir que la separación del que tiene por padre causaría su muerte?

LAUR. ¡Yo necesito el amor de mi Lauretta para vivir!... ¡Ella me consolará de no hallar en

tí la mano piadosa que enjugue mis lágrimas!... un seno amigo donde apoyar mi ya arrugada frente.

ELISA ¡Laurencio! (Enternecida.)

LAUR. ¡Ah! ¡Elisa! ¡ten compasión de mí! que una vez, una tan sólo, pueda yo estrechar á mi hija en mis amantes brazos... ¡ay!... darla un beso!...

ELISA ¿Y cómo complacerte sin que ella se aperciba de lo que es preciso ocultarle? (Con humildad.)

LAUR. ¡Cruel eres conmigo! ¡Niégasme un consuelo que tú disfrutas todos los días, á cada instante!... ¡Cómo envidio tu suerte!...

ELISA ¡Ah!... ¡No! ¡no la envidies! Desde que Laura pudo comprender mis caricias, sospechar de ellas, fuéme preciso ponerlas coto... suprimirlas después: encubrir detrás del severo rostro de la indiferente preceptora, la insinuante sonrisa de la tierna madre. Sólo en el silencio de la noche, cuando ya ningún criado puede verme, me atrevo á llegar hasta el lecho de mi hija para espiar su sueño y contemplarla á mi sabor.

LAUR. ¡Mísera esposa! ¡cuánto sufriste por mi culpa!

ELISA Ahora bien, Laurencio, ¿harás estéril un sacrificio que no tiene ejemplo en la historia de la infeliz madre?... ¡Hé aquí á la mujer á quien tanto ofendiste, pidiéndote arrodillada, con lágrimas en sus ojos, la felicidad de Consuelo, necesaria á la vida de nuestra pobre Laura! (Al arrodillarse se lo impide Laurencio enternecido.)

LAUR. ¿Tú á mis pies? ¡Oh! ¡levántate! ¡No me avergüence así la mejor de las esposas, la más heroica y sublime de las madres!

ELISA Cede, pues, á mi ruego.

LAUR. Venciste al fin mi indómita energía. Hoy mismo abandonaré este país, é iréme solo y arrepentido en búsca de otro donde pueda cavar yo propio mi lecho de descanso. (Se levanta Elisa.)

ELISA No será así. ¡Yo soy tu esposa, tu esclava por la vida! ¡Pues bien, yo he de seguirte doquier que vayas! A la ciudad, al desierto, al calabozo... al patíbulo si necesario fuese. ¡No importa dónde!... Estar siempre á tu lado es deber mío, y eso—á Dios lo juro—eso me verás cumplir.

LAUR. Qué... ¿que tú me seguirás? ¡Dios mío! ¿Ya no te causa (Con extremada alegría.) horror ni desprecio este mísero penado?

ELISA ¿No has dicho que necesitas oir una voz amiga?... ¿Una mano cariñosa que te guíe al trabajo? ¿que enjuge tus lágrimas? ¡He aquí la mía, que otra vez te pertenece! (Presentándosela.)

LAUR. (Dudando.) ¡Elisa! ¿será verdad?

ELISA Estréchala animoso y confiado como en otro tiempo... Tuya es. (Laurencio enternecido la estrecha entre las suyas; va á besarla, pero se detiene avergonzado.)

LAUR. ¡Ah! ¡no, no! ¡Soy indigno de tocarla con mis impuros labios!

ELISA ¡No lo eres, porque buen padre, todo lo sacrificas á la felicidad de tu hija!... ¡Ven, ven á recibir en brazos de su madre el premio que merece tu santa abnegación! (Abrazándole.)

LAUR. ¡Oh, Elisa!... ¡Elisa mía!... ¿Qué inefable gozo es éste que jamás sentí? (Desvanecido con el gozo, Elisa le conduce al sofá y se sienta junto á él.)

ELISA ¡El que Dios reserva al arrepentimiento, á la práctica de una buena acción!...

LAUR. ¡Elisa adorada!

ELISA ¡Laurencio mío!... ¡Pobre enfermo del alma! ven y apoya en mi seno tu acalorada frente!... ¡Así! ¡Así! (Poniéndole las manos en la frente y apartando su cabello. En este momento se oirá tocar al piano el preludio del vals que Consuelo tarareó antes á la cotorra.)

LAUR. ¡Elisa!... Prémiete el cielo devolverme la vida.

ELISA ¡Chist!... ¡Calla! Lauretta va á cantar; oye el eco de un ángel que te bendice.

LAUR. ¡Ah! si yo... ¡me faltan palabras!...

ELISA. ¡No hables, no!... ¡Llora y escucha!

LAUR. ¡Oh, sí! ¡Que mi corazón de bronce se funda en lágrimas al amoroso fuego que el tuyo le transmite! (Solloza abrazando á Elisa: ésta le enjuga las lágrimas con el pañuelo: Consuelo empieza á cantar.)

CONS. (Dentro cantando.)

De las flores,
canten otros
los primores,
su beldad.
Yo tan sólo
pido al cielo
dé consuelo
á mi papá.

(Este sencillo canto no cesará hasta después de bajar el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gabinete de estudio del Doctor, con extensa librería, que no deja más huecos que una puerta en el centro, otra en la derecha, y un balcón á la izquierda. En uno de los compartimientos de la libreria, habrá algunos cráneos, y en el otro instrumentos de operaciones quirúrgicas. A la derecha el bufete; sobre él papeles, etc.; un esfera-mapa-mundi, dibujos anatómicos, y algunos bustos de hombres célebres sobre la cornisa de los estantes. Al levantarse el telón, no aparece nadie en la escena: pasados algunos momentos saldrá el Doctor por la puerta derecha, con traje de calle, sombrero puesto, y con una luz, precediendo al Abad y Laurencio.

ESCENA PRIMERA

El DOCTOR, el ABAD, apoyándose en LAURENCIO

DOCT. Por aquí, por aquí, monseñor. En esta habitación, que es inviolable á todos mis criados, podéis aguardar tranquilo la vuelta de don Fernando. Dispensadme si os dejo, porque mi deber me llama en otra parte. Volveré aquí, sin embargo, á tiempo para despedirme de vos y de vuestra esposa. Adiós. (Da la mano á Laurencio, se inclina saludando al Abad, y se marcha por la puerta del foro. Laurencio se sienta abatido.)

ESCENA II

LAURENCIO y el ABAD

ABAD Vamos, amigo mío, no así os entreguéis al dolor. (Acercándose á Laurencio.)

LAUR. ¡Eh!... ¿Monseñor, decíais?... (Distraído.)

ABAD Me aflige vuestro abatimiento: ¿no acabáis de decirme, que Elisa os ha dado cuantas aclaraciones y seguridades podíais apetecer? ¿No ha justificado, tanto su conducta pasada como su actual situación?... ¿El mismo Palmieri, no os ha convencido de sus benévolas intenciones respecto á vuestra hija? Pues si esto es así... ¿por qué la esperanza de un porvenir más lisonjero, no reanima vuestro abatido espíritu?

LAUR. ¡Esperanza!... ¡Ah! ¡Monseñor!... La que tan largo tiempo alimenté ha desaparecido para siempre cual leve arista que el huracán confunde en el espacio.

ABAD ¿Ni será lenitivo á vuestras penas haber hallado la hija que tantos años llorasteis perdida?

LAUR. ¡Ah!... De cuantas espinas laceran mi corazón, esa entre todas es la que más le mortifica y ensangrienta. ¿Y cómo no, si mi Laura ha cambiado su nombre?... ¿Si ha tenido su madre que renegar del mío para que la pobre niña no muriese de dolor y vergüenza?... ¡Oh! Maldigo el instante que levanté la ferrada losa que cubría mi olvidado sepulcro. ¡Pero no es tarde aún para enmendar mi yerro!...

ABAD ¿Qué osáis pensar?...

LAUR. Que un cadáver no tenía derecho de venir á turbar la felicidad de los vivos.

ABAD Tened más fe... Alejad de vos tan sacrílegas conclusiones, que sólo Satanás puede inspiraros. Respetad una vida que debéis á la expiación de vuestras culpas, y no penséis en acrecentarlas.

LAUR. No temáis: aherrojado el león estremecía con furiosos rugidos los fuertes muros de su estrecha jaula. Aquí... ya lo veis, el hombre, sin más cadenas que las de esposo y padre, apenas si se atreve á llorar como caduco anciano. (Prorrumpe en sollozos.)

ABAD Ni aun esas lágrimas he de consentiros, si no son hijas del arrepentimiento; pensad que solamente contrito y resignado puede expiarse un crimen como el vuestro: Dios sólo es árbitro para juzgarle.

LAUR. Por piedad, monseñor... No me atormenten más vuestras eternas pláticas: no abuséis de mi penosa situación. Os he dicho que estoy dispuesto á separarme de mi hija sin ni siquiera decirle... «Yo soy tu padre, abrázame.» ¿Y aún exigís de mí más sobrehumano esfuerzo?... ¿Más cruel expiación?... ¡Ah!... ¡Fernando!... (Viéndole entrar.) mi querido amigo... llévame lejos de aquí; esta atmósfera me asfixia... me mata... tengo miedo de volverme loco.

FERN. ¿Pues qué?...

LAUR. La presencia, las exhortaciones de monseñor me recuerdan al reo en capilla aguardando que suene su hora fatal. ¡Llévame de aquí, arráncame de tan lúgubre estancia!

ESCENA III

DICHOS y FERNANDO

FERN. Vamos, cálmate y modera tu impaciencia. No juzgo prudente que, hasta bien entrada la noche, vuelvas á cruzar las calles de Castrogiovanne. Tu llegada creo ha despertado sospechas en la autoridad, porque..

LAUR. ¡Ah!...

ABAD (A un tiempo.) ¿Qué dices?... ¿acaso?...

FERN. He visto algunos gendarmes rondando los alrededores de nuestra abadía.

ABAD ¡Ah!... ¡bien lo temí! Por eso me opuse á que abandonaseis tan sagrado asilo... Pero

no quisisteis creerme, y héos ahora expuesto á volver á vuestra prisión.

LAUR. ¡No volveré á ella, os lo aseguro. (Con enfática seguridad.)

FERN. Esta misma noche, con las precauciones consiguientes, penetrarás otra vez en nuestra abadía. Al amparo de su inmunidad, podrás permanecer tranquilo hasta que consigamos tu indulto.

LAUR. Pero entretanto, mi permanencia en Castrogiovanne os compromete. Elisa por otra parte, viviría... inquieta; debemos los dos alejarnos de aquí, porque tampoco debe ya permanecer más tiempo en esta casa. ¿No os parece, monseñor?

ABAD ¡Ah! ¡no! Ni un solo día más.

FERN. Sin embargo, será preciso: su repentina desaparición excitaría las sospechas de todos... del mismo magistrado, si es que ya ha recibido de Nápoles aviso que le denuncie tu fuga y filiación.

LAUR. ¿Y otra vez más he de vivir yo solo, fugitivo ó encerrado? ¡Imposible!... prefiero mil veces la muerte.

FERN. ¡Laurencio!... Pretendes ahogarnos ya en la orilla.

LAUR. ¡Ay, amigo mío!... Después de haber visto á mi Laura, de hallar á Elisa fiel á mi amor, virtuosa y santa, no extrañes que aquel que tantos años las lloró ausente, hoy se resista á pasar lejos de ellas los pocos instantes que aún le quedan de vida.

FERN. ¡Eh! Dale con tus exageraciones.

LAUR. No sé qué fatal presentimiento me anuncia que una vez encerrado, ya nunca he de verme libre.

FERN. Poco durará tu cautiverio: un día ó dos cuando más: mañana mismo,—si esta noche no pudieses penetrar en la abadía—saldrás conmigo de Castrogiovanne, con pasaporte y concepto de mi criado. Desde aquí nos dirigiremos á *Spalatro,* que nos ofrece ventajas para tu embarque á América.

LAUR. ¿Y el de Elisa?... cuándo?...

FERN. Se entiende, que el tuyo y el de Elisa no tendrán lugar sino en el—caso remoto—de que nos fuese denegado el indulto.

LAUR. Pero, ¿y si eso llegara á suceder?...

FERN. Yo mismo conduciría tu esposa á *Spalatro* á reunirse contigo.

LAUR. ¡Ah! Fernando... ¿Cómo podré pagarte tantos favores?

FERN. No hablándome de ellos.

LAUR. Y vos, perdonad los agravios que mi torpe lengua haya podido inferiros; bien sabéis que cinco años estuve loco, y que aun ahora estoy enfermo y desesperado...

ABAD Silencio... viene vuestra esposa.

ESCENA IV

DICHOS y ELISA

ELISA ¿Monseñor? (Se adelanta hacia él, y le besa la mano.) Querido amigo, gracias. (A Fernando, apretándole la mano.)

FERN. Por si luego no tengo ocasión de hacerlo, me despido de vos, Elisa.

ELISA ¿Cómo?... ¿os vais? ¿Tan pronto abandonaréis á vuestro amigo?

FERN. Mañana al amanecer, me propongo dejar esta villa. Laurencio os dirá el doble plan que hemos concertado para vuestro viaje.

ELISA ¡Cuán agradecida os estoy, señor don Fernando!

FERN. Nada me digáis: la amistad y el deber guían mis pasos. Adiós. Hasta la vuelta, Laurencio: buen ánimo, Elisa. (Estrecha con efusión la mano de Elisa.)

ELISA Que el cielo os acompañe.

ABAD Su bendición quede entre vosotros, hijos míos. (Elisa estrecha la mano de Fernando; después besa la del Abad: éste tiende sus manos hacia Laurencio y Elisa, después se apoya en Fernando y se van los dos: Laurencio, que está visiblemente abatido, se apoya en el respaldo de un sillón: Elisa le contempla en silencio, y luego se acerca á él y le abraza.)

ESCENA V

LAURENCIO, ELISA

ELISA ¡Gran consuelo es, Laurencio, hallar en nuestra desgracia amigos semejantes! Pero, ¿qué es eso? ¿Apartas de mí tus ojos?... ¡No te avergüence que los vea bañados en lágrimas!... ¿Acaso los míos han dejado de verterlas durante muchos años?...

LAUR. ¡Ah!... ¡No lo recuerdes!... Piensa que de ese modo fulminas tu más severa acusación á mi conducta.

ELISA ¡Ah!... no: lejos de mí semejante propósito; al contrario, hora es de dar al olvido tan amargos recuerdos. De hoy más, cuando ausentes de nuestra Laura el dolor aflija nuestros corazones, no lloraremos en triste soledad como hasta ahora hicimos, no; tú cariñoso, enjugarás mi llanto, mientras que yo solícita daré consuelo al tuyo. (Ofreciénle la mano, que Laurencio estrechará.)

LAUR. ¿Estás decidida á participar de mi infausta suerte? ¿A seguirme doquier yo vaya?

ELISA Te lo he dicho, Laurencio, y sostendré mi promesa.

LAUR. Sí; pero á costa de cuánto sacrificio!... He aquí lo que me apena, y la confesión que de tí me atrevo á exigir. Dime, Elisa mía... ¿no ha de rompértese el corazón en mil pedazos al abandonar estos sitios? ¿Esta casa, particularmente?...

ELISA ¿Esta casa?... ¿Y tú me lo preguntas?... ¿Acaso no es ella donde hemos de dejar para siempre lo que más amamos?

LAUR. En efecto, ¡sí!... ¡Por mi dolor comprendo cuál debe ser el tuyo!... Pero, además del sentimiento natural al separarte de tu hija, ¿no ha de afligirte también la ausencia de otra persona querida?

ELISA ¿De cuál?... No comprendo tu pregunta.

LAUR. Adivínela tu instinto... y excúsame aventurar palabra que pudiera ofenderte.

ELISA ¿A mí? En terrible confusión me pones, y no sé en verdad...

LAUR. Dime: cuando nosotros huyamos de aquí, ¿quién quedará cerca de nuestra Laura?

ELISA ¡Extraña duda! (¡Tiemblo por su razón!) ¿No hemos convenido en que ha de quedar custodio de nuestra hija, el hombre generoso á quien tanto debemos ella y yo?

LAUR. Sí; ¿al cual conferiste todos mis derechos de padre?... Persona digna... Estimable y desinteresado amigo, á quien no puedes menos de vivir eternamente agradecida... ¿No es así? Debes referirme hasta qué (Hablando con dificultad.) extremo le estás obligada, y si él... por su parte... ¡Todo, en fin... todo!

ELISA Laurencio, ¿no reparas que semejante pregunta, en el solo hecho de formularla, infiere un agravio difícil de perdonar?

LAUR. Tal vez no tengo motivo ni derecho para hacértela, pero escúdame la mejor intención. En tu azarosa existencia, esta casa fué el faro que hallaste en tu rumbo; dile, pues, á tu esposo... á tu amigo más bien, si al cabo hubiste en ella tranquilidad... del alma. (Después de reflexionar un momento.)

ELISA Sea, pues lo exiges; júzgueme el amigo... y el esposo me condene si fuí culpable.

LAUR. No lo seas de falta de ingenuidad, y ha de absolverte. (Resignado.)

ELISA Todo he de decírtelo, y sabrás de mi boca secretos que sólo Dios y yo podemos revelarte. Conocida te es ya la persona del Doctor: por sus nobles sentimientos, por la elevación de su alma, fácilmente habrá comprendido la tuya, no menos generosa, los inmensos favores y desinteresados beneficios que, tanto á mí como á tu hija, ha tenido ocasión de prestarnos en nuestra desgracia. Mi agradecimiento á Palmieri lo fué sin límites: semejábase á un culto religioso, porque hasta llegué á creer... que sólo la infinita bondad de Dios podía depararme en solo un hombre el ángel salvador de la mísera viuda, y el padre cariñoso de la infeliz

huérfana. En tan plácida creencia viví largo tiempo, tranquila y resignada, sin que ningún temor, ningún remordimiento viniese á turbar la triste paz que gozaba mi espíritu. Pero ¡ay! he aquí, Laurencio, que un día empecé á perderla, apercibiéndome de que poco á poco mi afectuosa y pura gratitud íbase cambiando de naturaleza, de forma, y, por consiguiente, de deseo y aspiraciones.

LAUR. ¡Ah! (Suspiro ahogado.)

ELISA ¡Sí, Laurencio!... y tanto más terrible fué esta desgracia, cuanto que al apercibirme de ella, ya el nuevo afecto se había grata y profundamente acentuado en mi corazón. Horrorizada de sus consecuencias, llamé tu memoria y mis deberes en socorro mío: examiné con sangre fría mi voluntad y mi cabeza, y gracias al Señor me hallé con fuerzas y virtud bastante para emprender la lucha: ¡cruel fué ésta, larga y obstinada!... ¡Pero salí triunfante de ella, y hasta orgullosa! ¡Sí! porque fácil me hubiera sido evitar el peligro, huyendo de esta casa; pero ¡ay! no tuve valor para así renunciar el lisongero porvenir que en ella se labraba mi hija!

LAUR. Pero ¿y él?...

ELISA Creo que haya sufrido y luchado á par de mí; pero ni la más mínima demostración de su parte me da derecho á atribuirle aviesas intenciones. Si alguna vez sus miradas errantes se encontraban con las mías, su labio fué más prudente y cauto, y jamás aventuró palabra que le vendiese ni me ofendiera. Ahora que todo lo sabes; que conoces mi debilidad y mi fortaleza, júzgueme el amigo leal, y severo el esposo fulmine ya su fallo.

LAUR. Aguarda, para eso, á que se lo reveles todo.

ELISA Todo te lo he dicho ya, Laurencio.

LAUR. (Cariñoso y persuasivo.) No; me has callado si en tu interno combate, en un momento de vacilación, de febril abandono y entusias-

mo, te acudió al pensamiento la idea de mi muerte.

ELISA ¿De tu muerte? (Horrorizada, cubriéndose el rostro con las manos.)

LAUR. Sí. ¿No la deseaste por mi descanso eterno y tu libertad? (Tomándole la mano y colocándola sobre su brazo con cariñosa intimidad.) ¿No se la pediste á Dios en premio de tu santa virtud y sacrificio?

ELISA ¡Jamás! Te lo juro por la salvación de mi alma. Si en un momento de aberración, de femenil flaqueza, me hubiese ocurrido tan horrible, tan sacrílego pensamiento, yo misma me hubiera despreciado.

LAUR. Pero, si Dios—más misericordioso que los hombres—hubiera roto, por tu bien y el mío, el sagrado lazo que á mí te liga... Dímelo ingenuamente, ¿hubieses consentido, sin violentar tu afecto, en ser la honrada esposa del Doctor Palmieri?

ELISA (Con rubor y súplica.) ¡Laurencio, tu pregunta es poco generosa!...

LAUR. ¿Y por qué?... No temas ningún reproche. Tu esposo no te escucha; es solo al amigo á quien vas á confiarte, y... dímelo ya en fin... ¿A no estar yo en el mundo, hubieras accedido gustosa á su honesta aspiración? (Elisa, pasado un momento de vacilación, y ruborosa, mira á Laurencio desconfiada y, después deja caer su cabeza sobre el pecho y pronuncia un «sí» casi inintelegible. Laurencio, que la ha estado mirando fijamente y con ansiedad, al oirle lanza un ahogado suspiro, lleva la mano al corazón, como sintiendo en él gravísimos dolores, y después deja caer lánguidamente, en toda su extensión, el brazo donde se apoyaba Elisa.)

ELISA ¡Sí! (Permanece inmóvil y avergonzada. Laurencio, á partir de este momento, hará más ostensibles las señales de su preocupación moral y padecimientos físicos.)

LAUR. ¡Ah!... (¡Apuremos las heces!) (Pausa.) ¿Y sin embargo de esa felicidad en perspectiva, estás dispuesta á seguirme... á participar de mi vida nómada?

ELISA ¿No te lo he dicho ya? Partamos ahora mismo, si á tu fuga conviene.

LAUR. Y dime... ¿En el caso de que hoy no fuera posible verificarla contigo?... ¿Si un azar me hiciese caer en manos de la justicia?...

ELISA ¡Dios mío!... ¿Acaso?...

LAUR. No; nada hay que deba alarmarte. Pero, supongamos que mi recelo se confirma: que vuelvo á ser encarcelado... ¿Qué haría entonces mi fiel esposa de su no apetecida y triste libertad?

ELISA ¿Puedes dudarlo?... Asirme de tu brazo hasta la puerta del calabozo; vivir día y noche en su dintel, incrustarme en sus hierros.. Y cuando esto no me permitiesen tus carceleros, me encerraría para siempre en la soledad de un claustro, donde muriese amándote: porque, sábelo ya, mi pobre Laurencio, tu constancia y amor, tus acerbos dolores, tu sublime abnegación, han revivido en mi alma cenizas de un amor que jamás llegó á extinguirse... ¡Oh, sí!... ¡Esposo mío! ¡mi Laurencio!... ¡Yo te amo como la vez primera!... (Abrazándole.) ¡Más, más aún de lo que entonces te amé!

LAUR. ¿Tú me amas? ¡Ah, Elisa mía! ¡Qué bálsamo consolador derraman en mi pecho tus dulces palabras!... ¡No hay en el mundo placer igual al que me haces sentir en este instante!... (Me está ahogando la pena.) Vé á prepararlo todo para que esta misma noche huyamos de aquí: mi amigo no tardará en volver, y es preciso que nos halle dispuestos á marchar. Vete... vete ya...

ELISA No: prefiero aguardarle aquí contigo: no quiero separarme un instante de tu lado... Te veo sufrir mucho... tu semblante me lo revela, y ¡ay! un triste presentimiento acobarda mi espíritu y amengua mi esperanza.

LAUR. ¡Supersticiosa!... ¿Temes vaya á matarme el gozo de saber cuánto me amas? ¡Oh, morir ahora que tú me sonríes, que mi Laura queda honrada y dichosa! ¡Que todo me anuncia que voy á ser feliz!... Vete, vete ya tranquila; necesito quedar solo... prevenir al Doctor. (Movimiento de Elisa.) Sí, com-

binar modo de que no nos falten nunca noticias de Lauretta y de su nuevo padre...

ELISA ¡Oh, sí! continuamente deberá dárnoslas; sus cartas... (Movimiento de Laurencio.) las de Lauretta han de darnos gran júbilo. Voy, pues, á llevar á tu hija el calor de un abrazo que has de darme para ella á trueque del que en su nombre te da su madre con toda la efusión del alma.

LAUR. ¡Oh! sí... (Aparte.) (¡Será el último!) Llévasele con el cariño y bendición de su padre.

ELISA ¡Adiós, mi Laurencio! (Se abrazan con efusión y vase Elisa.)

LAUR. ¡Adiós!

ELISA ¡Adiós!

ESCENA VI

LAURENCIO solo

¡Sublime y magnánima mujer!... Recompensa merecen tus virtudes; y pues segura tienes la de Dios en el cielo, de mí obtendrás la que debes gozar en la tierra. Leamos otra vez esta terrible carta, que breve encierra mi sentencia de muerte. (Sentándose y leyendo una carta arrugada.) «Laurencio: Yo »te sacrifiqué mi inocencia, mi honor y la »vida de mis padres: tú en cambio asesi»naste á mi hermano: (Pausa.) á contar des»de aquel día, el aborrecimiento se apode»ró de mi corazón, (Pausa.) y en él se ex»tinguió para siempre, *¡para siempre!* (Re»pitiendo la frase y llorando.) el amor que un »tiempo le inspiraste. *¡Para siempre!* (Re»pitiendo otra vez la frase.) ¿A qué, pues, insen»sato y cruel quieres ahora turbar la paz »de mi alma? ¿privarme de un apoyo y un »asilo que tú no puedes ofrecerme? ¿Qué »vienes á buscar á un desierto? ¿Amor?... »¡Imposible! ¡Ay! *¡Imposible!* (Repitiendo la »frase.) ¿Compasión?.. No la mereces: (Sollo»za.) huye pronto de estos lugares, si aún he

»de consagrar una lágrima á tu infausta »memoria.» (Los sollozos le impiden continuar.) He aquí el lenguaje del corazón: respetémosle generoso. ¡Esa pobre mujer! Tiene derecho á ser obedecida. *¡Huye para siempre!* ha dicho. (Se levanta.) Pongamos, pues, entre ella y yo la mayor distancia. ¡Es preciso morir! Pero tal es mi miseria, que ni aun puede brindarme una pistola... ¡Un veneno!... ¡Si ese balcón!... ¡Ah! la casualidad me ofrece cuanto necesito!... (Mirando en derredor, se fija en el estante de instrumentos de cirugía, le abre y coge de él un cuchillo curvo.) Otra vez más; esta afilada punta penetrará en el corazón de un cadáver. (Rasga con la mano izquierda la ropa que cubre su pecho; se arrodilla y dirige su voz al cielo.) Dios mío, tú que ves mi intención, absuelve al asesino. ¡En tu infinita misericordia... ten piedad del cobarde suicida!... (En el mismo instante que va á herirse, se oye dentro la voz de Consuelo.)

CONS. ¡Papá!... ¡Papá!...

ESCENA VII

DICHO, CONSUELO con la jaula y una luz

LAUR. ¡Mi hija!... ¡Oh! ¡el cielo me la envía para evitarme un crimen! ¿Quiere que viva y sufra?... ¡Cúmplase, Señor, tu voluntad!... (Arroja el cuchillo y se arrodilla.)

CONS. Te ví entrar, y vengo á encerrar aqui esta pícara... ¡Oh! ¿aqui este hombre?... ¡El loco!... Huyamos de él... (Disponiéndose á marchar de puntillas.)

LAUR. No, por Dios, hermosa niña; no os vayáis sin oirme. ¡Por compasión!

CONS. ¡Dale! ¡Siempre el mismo tema! Yo vengo á castigar á mi cotorrita; pero como estáis vos aqui, la llevaré al cuarto del cochero. (Marchándose.)

LAUR. No; oidme... siquiera, porque hoy será la última vez que os veo.

CONS. ¿Cómo? ¿Vais á marcharos á vuestra casa?... (Dejando la jaula.) ¿Os ha curado ya mi papá? ¿Os ha devuelto la razón?... (Dejando la palmatoria sobre la mesa.)

LAUR. Sí; su prudencia y consejos me han salvado; mañana ya no estaré aquí para molestar á nadie con mi visita... Esto os causará placer... ¿No es verdad?...

CONS. Un poco; porque, tenéis un modo de mirar...

LAUR. ¿Que os asusta?... Lo sé; pero tranquilizaos. Si es cierto que estoy loco, bien veis que para vos, lo soy pacífico.

CONS. Sí; pero esta mañana... (Retirándose con recelo.)

LAUR. ¡Ah!... ¡Quedáos!... Impórtame más que la vida que no os vayáis: si no basta á tranquilizaros lo que os he dicho... si aún creéis que yo trate de haceros mal, me pondré de rodillas delante de vos... me ataré las manos como un... como un cautivo... de vuestras gracias. (Arrodillándose y cruzando los brazos. Consuelo le insta á que se levante.)

CONS. ¡Ah! Eso no, que los niños deben respeto á los mayores... Vamos, alzad: levantaos del suelo, si queréis que no me vaya y os escuche.

LAUR. ¿Al fin vuestra repugnancia se ha trocado en respeto? ¡Loado sea Dios!

CONS. Sí, pero alzaos digo, ó me...

LAUR. ¿Queréis que me levante?... (¡Oh! si pudiese con este ardid estrechar su mano!) Sed, pues, compasiva... No puedo levantarme por mí solo... Estoy débil y enfermo. Tendedme cariñosa vuestra mano. (Alargando la suya.)

CONS. ¡Oh!... sí, tomadla, y apoyaos en mí... ¡Pobre hombre!... ¡Qué veo!... (Apartándose asustada.) Esa señal... La marca de hierro... De los presidiarios que ví en Nápoles.

LAUR. ¡Oh! (Cubriendo con la mano izquierda el puño de la derecha.)

CONS. ¿Llevásteis la cadena?... ¿Sois un mal hombre?

LAUR. ¡No! ¡un desgraciado (Arrodillándose.) que merece vuestra compasión!

CONS. ¡Ah! ¡Por algo me causabais horror!

LAUR. ¡Si supieseis cuánto he sufrido! ¡cuánto sufro ahora, tendríais lástima de mí!... (Sollozando y permaneciendo de rodillas.) ¡Ah!..... ¡ah!... ¡ah!...

CONS. ¡Pobrecillo!... ¡Tiemblo de figurarme el dolor, la vergüenza, que al ver esa señal, tendría vuestra hija si llegaseis á encontrarla!...

LAUR. No; no temáis: no la encontraré yá... ¡Mi hija ha muerto! (Intenta levantarse, pero le falta fuerza y apoya las manos en el suelo.) ¡Ah!... Yo... Vos... (Aparte.) ¡Me siento morir!...(Vacilante.)

CONS. ¡Oh! ¡qué tenéis! ¿Os ponéis peor?... ¡Dios mío!... (Prestándole apoyo y conduciéndolo hacia el sillón.) Yo tengo la culpa; os han ofendido mis palabras... ¿no es verdad? Perdonadme, soy una aturdida... No quise agraviaros... Llamaré alguien que venga á socorreros... A mi papá. (Marchándose.)

LAUR. No, no; ¿para qué llamarle, cuando tenéis en vos misma mi mejor remedio? (Sentándose en el sillón de junto al bufete.)

CONS. ¿Yo?

LAUR. Sí. ¿No sois un ángel?... Pedidle, pues, á Dios en fervorosa súplica que haga cesar mis sufrimientos. Interceded por mí, y el Señor desde su altura oirá vuestra voz y cesará mi tormento...

CONS. ¡Ah! sí; de rodillas voy á rezar por que se apiade de vuestros males. (Se arrodilla junto á los pies de Laurencio y enfrente al público; cruza sus manos y con la vista en el cielo se queda extasiada, moviendo ligeramente sus labios para rezar: Laurencio, ya en el primer período de su agonía, con voz entera, si bien conmovida, levanta sus manos con actitud suplicante.)

LAUR. ¡Ah, Señor!... ¡Tú, que sabes por quién implora este ángel, oye su ruego!... ¡ordena tú, que todo lo puedes, que antes de exhalar mi último suspiro sea yo besado por mi hija... y que su madre acuda á cerrar los

párpados del moribundo! (Ya convulso, tiene conatos de besar á Consuelo, pero no atreviéndose, tócale solo el cabello con la mano, que llevará después á sus labios, como para aspirar su aroma.)

CONS. Ya acabé. ¿Estáis mejor?

LAUR. ¡Sí!... ¡Mucho!... Ya pronto cesará mi penar.

CONS. ¡Alegría ha de darme, porque ahora mientras he rezado, me ha parecido que la Virgen me miraba, y he sentido hacia vos no sé qué cambio!... ¡un afecto desconocido... pero grato... muy grato... aquí... aquí... en el corazón, que no acierto á comprender ni á explicar!... No sé por qué, pero se arrasan mis ojos... y... tengo mucha gana de llorar. (Estallando en sollozos.)

LAUR. (¡Dios mío! ¡bendigo tu clemencia!... Por mí vierte sus lágrimas.)

CONS. ¡Me habéis afligido con vuestros males!

LAUR. Creed, sin embargo, que sólo vine para haceros feliz... y á no serme preciso, separarme de vos.

CONS. ¡Cómo! ¿Ahora que ya no os temo, que casi os amo, queréis partir?

LAUR. Dios lo quiere. (Serenándose un poco y poniendo su mano sobre la que Consuelo tiene apoyada en la mesa.)

CONS. ¡Es singular!... También de Elisa sospecho que trata de abandonarme. Esta mañana me han despertado sus besos... Luego, ahora poco, me abraza repetidas veces... y después ha llorado mucho... muchísimo!...

LAUR. Os alarmáis... sin motivo: Elisa no puede dejaros nunca.

CONS. ¡Ah!... ¡Me moriría de pena si tal hiciese!...

LAUR. ¿Tanto la amáis?

CONS. Como si fuese mi madre.

LAUR. ¿Y os alegraría que realmente lo fuese?

CONS. ¿Que si me alegraría? Eso es poco; decid más bien que me volvería loca de placer. Mirad: (Apoyándose con cariño en el hombro de Laurencio.) al oir á nuestros criados murmurar en voz baja que mi papá y Elisa se aman mucho, como dos hermanos, siente mi corazón una alegría, un consuelo tan grande!... ¡Porque, si esto es verdad, Elisa no

me abandonará hasta que yo sea ya una mujer y ella muy viejecita, mucho... Y he aquí mi deseo constante y el ensueño de felicidad que todas las noches acaricia mi mente.

LAUR. ¿Y si yo os asegurase que ese sueño es una realidad?

CONS. ¡Ah!... ¡Dios mío!... ¿Será posible?

LAUR. Sí.

CONS. ¿Pero de dónde lo sabéis vos?

LAUR. Fuí su criado, en otro tiempo, y ahora que voy á separarme de todos vosotros, quiero revelaros tan fausto secreto.

CONS. ¿Pero, qué interés tenéis vos en decirme lo que mi papá y Elisa me callan?

LAUR. No es justo ni piadoso que vuestro amor filial tenga siempre los ojos en el cielo, en busca de una madre, que vive aún y junto á vos respira.

CONS. ¡Qué oigo!... ¿Elisa?

LAUR. Sí: he aquí el recuerdo que mi gratitud quiere dejaros.

CONS. ¡Mi madre Elisa!

LAUR. (Aparte.) Ahora ya puedo morir tranquilo. (Cede al dolor y desmáyase, entrando en el segundo período de su agonía.)

CONS. ¡Oh! gracias, buen hombre!... ¡Pero... Dios mío!... ¡Desfallece!... ¡Se nubla vuestra vista! (Le da la mano y le ayuda á sostenerse.) ¡Socorro!... ¡Papá!... ¡Elisa!... ¡Venid... acudid pronto!

ESCENA VIII

DICHOS, PALMIERI, ELISA

DOCT. ¿Qué te asusta?... ¡Ah! (Sale por la puerta del foro. Elisa por la derecha.)

ELISA ¡Ah! ¡Laurencio!... ¡Dios mío!

CONS. ¡Papá!... ¿Es cierto lo que acaba de revelarme este criado tuyo? (Corriendo hacia él con ansiedad.)

DOCT. ¿Qué?...

CONS. ¡Que mi madre no murió al darme la vida!

ELISA ¡Oh! (*Aterrada.*)

DOCT. ¿Qué le habéis revelado? (*Con severidad y en voz baja.*)

LAUR. ¡La voz de mi conciencia!... ¡Elisa... apresuraos!... ¡Ese ángel aguarda vuestros brazos!.. ¡Vea yo cómo la estrecháis al seno!...

ELISA ¡Hija mía!... (*Abrazándola con efusión.*)

CONS. ¡Madre del alma!...

DOCT. ¡Laurencio!

LAUR. ¡Hombre generoso!... ¡Mujer heróica!... Vuestras virtudes merecen galardón..... Daos las manos... así... así... (*Juntando las manos de Elisa y el Doctor y se desmaya.*) ¡Muero contento!

ELISA Llamad un sacerdote, á monseñor...

DOCT. Es tarde... Espirará en breve. (*Poniéndole la mano sobre el corazón.*)

ELISA ¡Ah!...! ¡La confesión de mi amor, y esta carta cruel le han dado la muerte!... (*Tomando la carta que Laurencio deja sobre la mesa.*)

DOCT. Amigo mío, recobrad nuestro animoso espíritu... (*Levantando la voz.*)

ELISA ¡Laurencio!... ¡Es preciso que vivas... Yo lo quiero; lo ansiamos todos!...

LAUR. ¡Laura!... ¡Lauretta mía!... (*Volviendo en sí y delirante.*) que las... puertas... del cielo se... abran... á tu padre... (*Tercer período de su agonía.*)

CONS. ¿Le oyes, mamá? ¡Pobre loco! ¡llamando está á su hija!

ELISA ¿El ha creído que tú lo fueses suya?... ¡abrázale, pues; llámale padre!

DOCT. ¡Oh! sí. ¡Eso le hará morir más consolado!...

CONS. ¡Padre!... ¡Padre mío! (*Acercándose á Laurencio.*) ¡Mira aquí á tu Laura, que tanto te quiere!... Padre.

ELISA ¡Laurencio!... ¡Oye á tu hija... Dios la manda consolar tu agonía!... ¡Besar tu frente! (*Consuelo enternecida le besa la mejilla.*)

CONS. ¡Padre!

LAUR. ¡Ah!... ¿Tú... mi... hija?... (*Hace un esfuerzo supremo para levantar la cabeza y brazos; intenta darle un beso, pero mirando á Elisa y á Palmieri, la rechaza*

dulcemente, dejándose caer en el sillón. Enronquece la voz y articula sus palabras con mucha ansiedad, y continúa su penosa agonía.) ¡Ah!... ¡no!... ¡Me engañas!... ¡Eres... Consuelo... Plegue al Señor... que eterno... lo seas... de Elisa!... El quiera per... do... narme... (El hipo de estertor corta su palabra. Con un estremecimiento convulsivo dobla la cabeza y muere, cayendo rígido al suelo desde el sillón. Elisa y Consuelo dan un grito de dolor y se arrodillan junto al cadáver.)

ELISA / CONS. — ¡Ah! (Arrodillándose.)

DOCT. — ¡Fanáticos legisladores, contemplad vuestra obra! (Con tono irónico y voz solemne.)

FIN DEL DRAMA

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

que han sido representadas en los principales teatros de Madrid, y se hallan de venta en las librerías de España y América.

Ahogarse á la orilla.
Amor y travesura.
Á secreto agravio...
La piel de culebra.
Luzbel predicador.
La pastora del Roncal.
El alcalde de Tronchón.
El amor de una pollita.
Paco y Manuela.
Una noche en Trijueque.
¡Qué plaga!
Similia, Similibus, etc.
Marta la Piadosa.
Las travesuras de Juan.
La muerte civil.
Un lio entre dos castaños.
La vida es sueño.
Rey valiente y justiciero.
El vergonzoso en palacio.
El purgatorio de infieles.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la *Sociedad de Autores Españoles*, Núñez de Balboa, 14, considerándose como fraudulento todo el que carezca de los sellos de dicha Sociedad y el del autor.